EL ARTE DE AMAR

OVIDIO

LIBRO PRIMERO

Si alguien en la ciudad de Roma ignora el arte de amar, lea mis páginas, y ame instrui-do por sus versos. El arte impulsa con las velas y el remo las ligeras naves, el arte guía los veloces carros, y el amor se debe regir por el arte. Automedonte sobresalía en la conducción de los carros y el manejo de las flexibles riendas; Tifis acreditó su maestría en el gobierno de la nave de los Argonautas; Venus me ha escogido por el confidente de su tierno hijo, y espero ser llamado el Tifis y el Automedonte del amor. Éste en verdad es cruel, y muchas veces experimenté su enojo; pero es niño, y apto por su corta edad para ser guiado. La cítara de Quirón educó al jovenzuelo Aquiles, domando su carácter feroz con la dulzura de la música; y el que tantas veces intimidó a sus compañeros y aterró a los enemigos, dícese que temblaba en presencia de un viejo cargado de años, y ofrecía sumiso al castigo del maestro aquellas manos que habían de ser tan funestas a Héctor. Quirón fué el maestro de Aquiles, yo lo seré del amor: los dos niños temibles y los dos hijos de una diosa. No obstante, el toro dobla la cerviz al yugo del arado y el potro generoso tiene que tascar el freno; yo me someteré al amor, aunque me destroce el pecho con sus saetas y sacuda sobre mí sus antorchas en-cendidas.

Cuanto más riguroso me flecha y abrasa con sin par violencia, tanto más brío me infunde el anhelo de vengar mis heridas.

Yo no fingiré, Apolo, que he recibido de ti estas lecciones, ni que me las enseñaron los cantos de las aves, ni que se me apareció Clío con sus hermanas al apacentar mis rebaños en los valles de Ascra. La experiencia dicta mi poema; no despreciéis sus avisos saludables: canto la verdad. ¡Madre

del amor, alienta el principio de mi carrera! ¡Lejos de mí, tenues cintas, insignias del pudor, y largos vestidos que cubrís la mitad de los pies! Nosotros can-tamos placeres fáciles, hurtos perdonables, y los versos correrán limpios de toda intención criminal. Joven soldado que te alistas en esta nueva milicia, esfuérzate lo primero por encontrar el objeto digno de tu predilección; en seguida trata de interesar con tus ruegos a la que te cautiva, y en tercer lugar, gobiérnate de modo que tu amor viva largo tiempo. Éste es mi propósito, éste el espacio por donde ha de volar mi carro, ésta la meta a la que han de acercarse sus ligeras ruedas. Pues te hallas libre de todo lazo, aprovecha la ocasión y escoge a la que digas: "Tú sola me places."

No esperes que el cielo te la envíe en las alas del Céfiro; esa dicha has de buscarla por tus propios ojos. El cazador sabe muy bien en qué sitio ha de tender las redes a los ciervos y en qué valle se esconde el jabalí feroz. El que acosa a los pájaros, conoce los árboles en que ponen los nidos, y el pescador de ca-

ña, las aguas abundantes en peces. Así, tú, que corres tras una mujer que te profese ca-riño perdurable, dedícate a frecuentar los lugares en que se reunen las bellas. No pretendo que en su persecución des las velas al viento o recorras lejanas tierras hasta encon-trarla; deja que Perseo nos traiga su Andró-

meda de la India, tostada por el sol, y el pas-tor de Frigia robe a Grecia su Helena; pues Roma te proporcionará lindas mujeres en tanto número, que te obligue a exclamar:

"Aquí se hallan reunidas todas las hermosuras del orbe." Cuantas mieses doran las fal-das del Gárgaro, cuantos racimos llevan las viñas de Metimno, cuantos peces el mar, cuantas aves los árboles, cuantas estrellas resplandecen en

el cielo, tantas.jóvenes hermosas pululan en Roma, porque Venus ha fijado su residencia en la ciudad de su hijo Eneas. Si te cautiva la frescura de las muchachas adolescentes, presto se ofrecerá a tu vista alguna virgen candorosa; si la prefieres en la flor de la juventud, hallarás mil que te seduzcan con sus gracias, viéndote embara-zado en la elección; y si acaso te agrada la edad juiciosa y madura, créeme, encontrarás de éstas un verdadero enjambre. Cuando el sol queme las espaldas del león de Hércules, paséate despacio a la sombra del pórtico de Pompeyo, o por la opulenta fábrica de mármol extranjero que publica la munificencia de una madre añadida a la de su hijo, y no olvides visitar la galería, ornada de antiguas pinturas, que levantó Livia, y por eso lleva su nombre. Allí verás el grupo de las Danaides que osaron matar a los infelices hijos de sus tíos, y a su feroz padre, con el acero desnudo. No dejes de asistir a las fiestas de Adonis, llorado por Venus, ni a las del sábado que celebran los judíos de Siria, ni pases de largo por el templo de Menfis que se alzó a la ternera vendada con franjas de lino; Isis convierte a muchas en lo que ella fué para Jove.

Hasta el foro, ¿quién lo creerá?, es un cómplice del amor, cuya llama brota infinitas veces entre las lides clamorosas. En las cer-canías del marmóreo templo consagrado a Venus surge el raudal de la fuente Appia con dulcísimo murmullo, y allí mil veces se dejó prender el jurisconsulto en las amorosas redes, y no pudo evitar los peligros de que defendía a los demás; allí, con frecuencia, el orador elocuente pierde el don de la palabra: las nuevas impresiones le fuerzan a defender su propia causa; y Venus, desde el templo vecino, se ríe del desdichado que siendo pa-trono poco ha, desea convertirse en cliente; pero donde has de tender tus lazos sobre todo es en el teatro, lugar muy favorable a la consecución de tus deseos. Allí encontrarás más de una a quien dedicarte, con quien en-tretenerte, a

quien puedes tocar, y por último poseerla. Como las hormigas van y vuelven en largas falanges cargadas con el grano que les ha de servir de alimento, y las abejas vuelan a los bosques y prados olorosos para libar el jugo de las flores y el tomillo, así se precipitan en los espectáculos nuestras mujeres elegantes en tal número, que suelen dejar indecisa la preferencia. Más que a ver las obras representadas, vienen a ser objeto de la pública expectación, y el sitio ofrece mil peligros al pudor inocente. ¡Oh Rómulo, tú fuiste el primero que alborotó los juegos es-cénicos con la violencia, cuando el rapto de las Sabinas regocijó a tus soldados, que carecían de mujeres! Entonces los toldos no pendían sobre el marmóreo teatro, ni enrojecía la escena el líquido azafrán; con el ramaje que brindaba la selva del Palatino, dispuesto sin arte, levantábase el rústico tablado; el pueblo se acomodaba en graderías hechas de césped, y el follaje cubría de cualquier modo las hirsutas cabezas. Cada cual, observando al-rededor, señalaba con los ojos la joven que para sí codiciaba, y revolvía muchos proyec-tos a la callada en su pecho; y mientras el danzante, a los rudos sones de la zampoña toscana, golpea cadencioso tres veces el suelo con los pies, en medio de los aplausos, que entonces no se vendían, el rey da a su pueblo la señal de lanzarse sobre la presa. De súbito saltan de los asientos, y con clamores que delatan su intención, ponen las ávidas manos en las doncellas. Como la tímida turba de palomas huye las embestidas del águila, co-mo la tierna cordera se espanta en presencia del lobo, así huyen, aterradas, de aquellos hombres sin ley que las acometen, y no hubo una sola que no reflejase la palidez en la ca-ra. El espanto fué en todas igual, mas no se manifestó de la misma manera. Las unas se arrancan los cabellos, las otras pierden el sentido; éstas guardan un sombrío silencio, aquéllas llaman a sus madres; quiénes se lamentan, quiénes quedan embargadas de estupor, algunas permanecen inmóviles y no pocas se dan a la fuga. Las doncellas roba-das, presa ofrecida al dios

Genio, desaparecen de allí, y el temor multiplicó en muchas los naturales encantos. Si alguna se resiste tenaz a seguir al raptor, éste la coge en brazos, y estrechándola contra el ávido seno, la consuela con tales palabras: "¿Por qué entur-bias con el llanto tus lindos ojos? Lo que tu padre es para tu madre, eso seré yo para ti."

Rómulo, tú fuiste el único que supo premiar a los soldados; si me concedes el mismo galardón, me alisto en tu milicia. Desde entonces sigue la costumbre en las funciones teatrales, y hoy todavía son un peligro para las hermosas. No dejes tampoco de asistir a las carreras de los briosos corceles; el circo, donde se reúne público innumerable, ofrece grandes incentivos. Allí no te verás obligado a comunicar tus secretos con el lenguaje de los dedos, ni a espiar los gestos que descubran el oculto pensamiento de tu amada. Nadie te impedirá que te sientes junto a ella y que arrimes tu hombro al suyo todo lo posible; el corto espacio de que dispones te obliga forzosamente, y la 1ey del sitio te permite tocar a gusto su cuerpo codiciado. Luego buscas un pretexto cualquiera de conversación, y que tus primeras palabras traten de cosas generales. Con vivo interés pregúntale a quién pertenecen los caballos que van a correr, y sin vacilación toma el partido de aquel, sea el que fuere, que merezca su favor. Cuando se presenten las imágenes de marfil en la so-lemne procesión, aplaude con entusiasmo a la diosa Venus, tu soberana. Si por acaso el polvo se pega al vestido de la joven, apresú-

rate a quitárselo con los dedos, y aunque no le haya caído polvo ninguno, haz como que lo sacudes, y cualquier motivo te incite a mos-trarte obsequioso. Si el manto le desciende hasta tocar el suelo, recógelo sin demora y quítale la tierra que lo mancha, que bien pronto recabarás el premio de tu servicio, pues con su consentimiento podrás deleitar los ojos al descubrir su torneada pierna.

Además, observa si el que se sienta detrás de vosotros saca demasiado la rodilla y oprime su ebúrnea espalda. La menor distinción cautiva a un ánimo ligero. Fué útil a muchos co-locar con presteza un cojín o agitar el aire con el abanico, y deslizar el escabel bajo unos pies delicados. El circo brinda estas ocasiones al amor naciente, como la arena del foro que entristecen las contiendas legales. Allí descendió a pelear mil veces el hijo de Venus, y el que contemplaba las heridas de otro, resultó herido también; y mientras habla, toca la mano del adversario, apuesta por un comba-tiente, y, depositada la fianza, pregunta quién salió victorioso, solloza al sentir el dardo que se le clava en el pecho, y, simple espectador del combate, viene a ser una de sus víctimas.

¿Qué espectáculo iguala en lo emocionante al simulacro de una batalla naval en la que Cé-

sar lanza las naves de Persia contra las de Atenas? Desde uno y otro mar acuden mozos y doncellas, y el orbe entero se da cita en Roma. Entre tanta muchedumbre, ¿quién no hallará la mujer de su predilección? ¡Ah, cuántos se dejaran abrasar por una hermosa extranjera! César se dispone a sojuzgar pronto lo que le falta del orbe, y pronto serán nuestros los últimos confines del Oriente.

¡Reino de los parthos, vas a sufrir rudo castigo¡ ¡Alborozaos, manes de Craso; estandar-tes que, a pesar vuestro, pasasteis a poder de los bárbaros, aquí está vuestro vengador, acreditado de insigne caudillo en los primeros encuentros, pues muy joven obtiene victorias no concedidas a la juventud! ¡Espíritus apo-cados, no preguntéis el día natal los dioses: el valor de los Césares se adelanta siempre a la edad, su genio soberano brilló desde los tiernos años, rebelde a los tardíos pasos del crecimiento! Hércules, de niño, ahogó con sus manos dos serpientes, y ya en la cuna se mostró digno vástago de Jove. ¡Tú, Baco, que seduces con tus gracias

juveniles, cuán grande apareciste en la India, conquistada por tus tirsos victoriosos! Joven príncipe, combatirás alentado por los auspicios y el valor de tu padre, y gracias a los mismos reportarás la victoria; debes ilustrar con hazañas heroicas tu nombre glorioso, y si hoy eres el príncipe de la juventud, luego lo serás de la vejez.

Hermano generoso, venga la injuria de tus hermanos; modelo de hijos, defiende los derechos de tu padre. Tu padre, que lo es también de la patria, te puso las armas en la ma-no; el enemigo arrebató con violencia el reino al autor de tus días, pero tus dardos serán sagrados, y las saetas de aquél sacrílegas; la justicia y la piedad combatirán bajo tus ense-

ñas, y el partho, ya vencido por su mala causa, lo será asimismo por las armas, y mi joven héroe añadirá a las del Lacio las riquezas del Oriente. ¡Marte, que eres su padre, y tú, César, su padre también, prestad ayuda al guerrero, ya que uno de vosotros es dios, y el segundo lo será presto! Sí, te lo aseguro: vencerás; yo cantaré los versos ofrecidos a tu gloria, y tu nombre resonará en ellos con sublime acento. A punto de combatir, animarás las huestes con mis palabras, y ojalá no sean indignas de tu esfuerzo. Pintaré al partho fugitivo, el brío animoso de los romanos, y los dardos que lanza el enemigo, volviendo las riendas de su caballo. Partho, si huyes para vencer, ¿qué dejas a los vencidos? Al fin tu Marte te amedrenta con presagios funestos.

Pronto lucirá el día en que tú, el más hermoso de los hombres, aparezcas resplandeciente en el carro de cuatro blancos corceles. Delante de ti caminarán los jefes enemigos con los cuellos cargados de cadenas, sin que puedan, como antes, buscar su salvación en la fuga; los jóvenes, al lado de las doncellas, contemplarán regocijados el espectáculo, y este día feliz ensanchará todos los corazones. Entonces, si

alguna muchacha te pregunta los nombres de los vencidos reyes, y cuáles son las tierras, los montes y los ríos de las imá-

genes conducidas en triunfo, responde a to-do, aunque no seas interrogado, y afirma lo que no sabes como si lo supieses perfectamente. Esa imágen con las sienes ceñidas de cañas es el Éufrates; la que sigue, de azulada cabellera, el Tigris; aquélla, la de Armenia; ésta representa la Persia, donde nació el hijo de Dánae; estotra, una ciudad situada en los valles de Aquemenia; aquél y el de más allá son generales; de algunos dirás los nombres verdaderos, si los conoces, y si no, los que puedan convenirles.

Las mesas de los festines brindan suma facilidad para introducirse en el ánimo de las bellas, y proporcionan además de los vinos otras delicias. Allí, con frecuencia, el Amor de purpúreas mejillas sujeta con sus tiernos brazos la altiva cabeza de Baco; cuando el vino llega a empapar las alas de Cupido, éste queda inmóvil y como encadenado en su puesto; mas en seguida el dios sacude las húmedas alas, y entonces, ¡desgraciado del corazón que baña en su rocío! El vino predispone los ánimos a inflamarse enardecidos, ahuyenta la tristeza y la disipa con frecuentes libaciones.

Entonces reina la alegría; el pobre, entonces, se cree poderoso, y entonces el dolor y los tristes cuidados desaparecen de su rugosa frente; entonces descubre sus secretos, inge-nuidad bien rara en nuestro siglo, porque el dios es enemigo de la reserva. Allí, muy a menudo, las jóvenes dominan al albedrío de los mancebos: Venus, en los festines, es el fuego dentro del fuego. No creas demasiado en la luz engañosa de las lámparas; la noche y el vino extravían el juicio sobre la belleza.

Paris contempló las diosas desnudas a la luz del sol que resplandecía en el cielo, cuando dijo a Venus: "Venus, vences a tus. competi-doras." La noche oculta las macas, disimula los defectos, y entre las sombras cualquiera nos parece hermosa. Examina a la luz del día los brillantes, los trajes de púrpura, la frescura de la tez y las gracias del cuerpo. ¿Habré de enumerar todas las reuniones femeninas en que se sorprende la caza? Antes contaría las arenas del mar. ¿A qué citar Bayas, que cubre de velas sus litorales y cuyas cálidas aguas humean con vapores sulfurosos? Los que salen de allí con el dardo mortal en el pecho dicen de ellas: "Estas aguas no son tan saludables como publica la fama." Contempla el ara de Diana en medio del bosque próximo a nuestros muros y el reino conquistado por el acero de una mano criminal; aunque la diosa es virgen y odia las flechas de Cupido,

¡cuántas heridas causa a su pueblo y cuántas causará todavía! Hasta aquí mi Musa, expo-niendo sus advertencias en versos desiguales, te advirtió dónde encontrarías una amada y dónde has de tender tus redes; ahora te en-señará los hábiles recursos que necesitas poner en juego para vencer a la que te seduzca.

Quienesquiera que seáis, de esta o de la otra tierra, prestadme todos dócil atención, y tú, pueblo, oye mi palabra, pues me dispongo a cumplir lo prometido. Primeramente has de abrigar la certeza de que todas pueden ser conquistadas, y las conquistarás preparando astuto las redes. Antes cesarán de cantar los pájaros en primavera, en estío las cigarras y el perro del Ménalo huirá asustado de la liebre, antes que una joven rechace las solícitas pretensiones de su amador: hasta aquella que juzgues más difícil se rendirá a la postre; los hurtos de Venus son tan dulces al mancebo como a la doncella; el uno los oculta mal, la otra cela mejor sus deseos. Conviene a los

varones no precipitarse en el ruego, y que la mujer, ya de antemano vencida, haga el papel de suplicante. En los frescos pastos la vaca llama con sus mugidos al toro y la yegua relincha a la aproximación del caballo.

Entre nosotros el apetito se desborda menos furioso y la llama que nos enciende no traspasa los límites de la naturaleza. ¿Hablaré de Biblis, que concibió por su hermano un amor incestuoso, expiado valerosamente echándose un lazo al cuello? Mirra amó a su padre, no como debía amarle una hija, y convertida en árbol, oculta bajo la corteza su crimen y hoy nos sirven de perfumes las lágrimas que destila el tronco oloroso que aun lleva su nombre. Pacía en los opacos valles del frondoso Ida un toro blanco, gloria del rebaño, señalado por leve mancha negra en la frente; era la única, pues el resto de su cuerpo igualaba la blancura de la leche. Las terneras ardientes de Gnosia y Cidón desearon sostenerlo sobre sus espaldas, y la adúltera Pasifae, que se regocijaba con la ilusión de poseerlo, concibió un odio mortal contra las que consideraba más hermosas. Cuento hechos harto conocidos. Creta, la de las cien ciudades, y nada escrupulosa en mentir, no osará negarlo. Dí-

cese que ella misma cortaba con poca habilidad las hojas recientes de los árboles y las tiernas hierbas de los prados, ofreciéndoselas al toro; ella seguía al rebaño sin que la contuviese el temor de su esposo, y Minos quedó vencido por el cornudo animal. ¿De qué te sirve, Pasifae, ponerte preciosas vestiduras, si tu adúltero amante desconoce el valor de esas riquezas? ¿De qué el espejo que llevas en tus excursiones por las montañas y para qué, necia, cuidas tanto el peinar tus cabellos? Mírate en ese espejo, y te convencerás de no ser una ternera; mas ¿con qué ardor no desearías que te naciesen los cuernos en la frente? Si aun quieres a Minos, renuncia a torpes ayuntamientos, y si pretendes engañar a tu esposo, engáñale con un hombre. Pero la reina,

abandonando su tálamo, vaga errante por montes y selvas como la Bacante soli-viantada por el dios de Aonia. ¡Ah!, ¡cuántas veces distinguía a una vaca con ceño iracun-do y exclamaba!: "¿Por qué ésta agrada a mi dueño? Mira cómo retoza en su presencia sobre la fresca hierba. Sin duda cree en su imbecilidad estar así más bella. Dice, y al momento ordena separar a la inocente del rebaño y someter su cerviz al pesado yugo, o la obliga a caer ante el ara del sacrificio, co-mo víctima, y alegre recoge en sus manos las entrañas de una rival. Muchas veces aplacó a los númenes con tan cruentos espectáculos y apostrofaba así las carnes palpitantes: "Ea, id a cautivar al que amo. Ya deseaba convertirse en Europa, ya en la ninfa Io; en ésta porque se transformó en vaca, en la otra porque fue arrebatada sobre la espalda de un toro. El jefe del rebaño se juntó con Pasifae engañado por el cuerpo de una vaca de madera, y el fruto de esta unión descubrió la naturaleza del padre.

Si la otra Cretense hubiera resistido las persecuciones de Tiestes, ¡oh, qué difícil es a la mujer agradar a un sólo varón! Febo no habría detenido su carro y sus corceles en mitad del camino, revolviéndolos hacia las puertas de la Aurora. La hija de Niso, por haberle robado sus purpúreos cabellos, cayó desde la popa de un navío y convirtióse en ave. Agamenón, que desafió victorioso los peligros de Marte en la tierra y las borrascas de Neptuno en el piélago, vino a perecer víctima de su adúltera esposa. ¿Quién, no ha llorado la suerte de Creusa de Corinto y no ha maldecido a la inicua madre bañada en la sangre de sus hijos? Fénix, la de Amintor, vertió torrentes de lágrimas por sus órbitas privadas de luz, y los caballos espantados destrozaron al infeliz Hipólito. Fíneo, ¿por qué saltas los ojos de tus inocentes hijos? ¡Ay!, tan horrendo castigo caerá un día sobre tu cabeza. Tales crímenes hizo cometer la li-viandad femenina, más ardiente que la nuestra y con más furor en sus arrebatos. Ánimo, y no dudes que saldrás vencedor en

todos los combates; entre mil apenas hallarás una que te resista; las que conceden y las que niegan se regocijan lo mismo al ser rogadas, y dado que te equivoques, la repulsa no te traerá ningún peligro. ¿Mas cómo te has de engañar teniendo las nuevas voluptuosidades tantos atractivos? Los bienes ajenos nos parecen mayores que los propios; las espigas son siempre más fértiles en los sembrados que no nos pertenecen y el rebaño del vecino se multiplica con portentosa fecundidad. Ante todo haz por conocer a la criada de la joven que intentas seducir, para que te facilite el primer acceso, y averigua si obtiene la confianza de su señora y es la confidente de sus secretos placeres; inclínala en tu favor con las promesas y ablándala con los ruegos; co-mo ella quiera, conseguirás fácilmente tus deseos. Que ella escoja el momento, los mé-

dicos suelen también aprovecharlo, en que el ánimo de su señora, libre de cuitas, esté mejor dispuesto a rendirse; el más favorable a tu pretensión será aquel en que todo le sonría y le parezca tan bello como la áurea mies en los fértiles campos. Si el pecho está alboro-zado y no lo oprime el dolor, tiende a dilatar-se y Venus lo señorea hasta el fondo. Ilión, embargada de tristeza, pudo defenderse con las armas, y en un día festivo introdujo en su recinto el caballo repleto de soldados. Acomete la empresa así que la oigas quejarse de una rival, y esfuérzate en que no quede sin venganza la injuria. La criada que peina sus cabellos por la mañana, avive el resentimiento y ayude el impulso de tus velas con el re-mo, y dígale suspirando en tenue voz: " Por lo que veo, no podrás vengarte del agravio."

Después hable de ti con las palabras más persuasivas y júrele que mueres de un amor que raya en locura; pero revélate decidido, no sea que el viento calme y caigan las velas.

Como el cristal es frágil, así se calma pronto la cólera de la mujer.

Me preguntas si es provechoso conquistar a la misma sirvienta; en tal caso te expones a graves contingencias; ésta, después que se entregue, te servirá más solícita; aquélla, menos celosa; la una te facilitará las entrevis-tas con su ama, la otra te reservará para sí.

El bueno o mal suceso es muy eventual. Aun suponiendo que ella incite tu atrevimiento, mi consejo es que te abstengas de la aventura.

No quiero extraviarme por precipicios y agudas rocas; ningún joven que oiga mis avisos se dejará sorprender; no obstante, si la criada que recibe y vuelve los billetes te cautiva por su gracia tanto como por los buenos servicios, apresura la posesión de la señora y siga la de la criada; mas no comiences nunca por la. conquista de la última. Una cosa te aconsejo, si tienes confianza en mis lecciones y el viento no se lleva mis palabras y las hunde en el mar: o no intentes la empresa, o acábala del todo; así que ella tenga parte en el negocio, no se atreverá a delatarte. El pá-

jaro no puede volar con las alas viscosas, el jabalí no acierta a romper las redes que le envuelven y el pez queda sujeto por el anzuelo que se le clava; pero si te propones seducirla, no te retires hasta salir vencedor.

Entonces ella, culpable de la misma falta, no osará traicionarte, y por ella conocerás los dichos y hechos de la que pretendes. Sobre todo, gran discreción; si ocultas bien tu inte-ligencia con la criada, los pasos de tu dueño te serán perfectamente conocidos. Grave error el de creer que sólo los pilotos y labriegos deben consultar el tiempo. No conviene arrojar fuera de sazón en el campo la semilla que

puede engañar nuestras esperanzas, ni en todo tiempo librar a los embates de las olas una frágil embarcación, ni siempre es de seguros resultados atacar a una tierna beldad; a veces importa aprovechar la ocasión favorable, ya se aproxime el día de un natalicio, ya el de las calendas de marzo, que Venus se goza en prolongar. Si el circo resplandece no adornado como antes con figuras de relieve, sino con los despojos de los reyes vencidos, difiere algunos días tu pretensión.

Entonces reina el triste invierno y amenazan las lluviosas Pléyadas; entonces las tímidas Cabrillas se sumergen en las aguas del Océa-no; no acometas nada de provecho, pues si alguien se confía entonces a los riesgos de la navegación, apenas podrá salvar los ateridos miembros en la tabla de su bajel hecho piezas. Tus ataques han de comenzar el día funesto en que las ondas del Allia se tiñeron con la sangre de los cadáveres romanos o el último de cada semana que consagra al reposo y al culto el habitante de Palestina. Mira con santo horror el natalicio de tu amada, y como nefastos los días en que es ineludible el ofrecer presentes. Aunque lo evites con cautela, te sonsacará algo; la mujer tiene mil medios para apoderarse del caudal de su apasionado amante. Un vendedor con la túni-ca desceñida se presentará ante tu dueño deseoso de comprar, y delante de ti expondrá sus mercaderías. Ella te rogará que las examines para juzgar tu buen gusto; después te dará unos besos, y por último te pedirá que le compres lo que más le agrade, jurándote que con eso quedará contenta por largos años y diciéndote: "Ahora tengo necesidad de ello y ahora se puede comprar a precio razonable." Si te excusas con el pretexto de que no tienes en casa el dinero necesario, te pedirá un billete, y sentirás haber aprendido a escribir. ¡Cuántas veces te exigirá el regalo que se acostumbra en el natalicio y cuántas renovará esta fecha al compás de sus necesidades! ¿Qué harás cuando la veas llorar desolada por una falsa pérdida y

te enseñe las orejas sin los ricos pendientes que ostenta-ban? Las mujeres piden muchas cosas en calidad de préstamo, y así que las reciben se niegan a la devolución. Sales perdiendo y nunca se tiene en cuenta tu sacrificio. No me bastarían diez bocas con otras tantas lenguas, si pretendiese referir los astutos manejos de nuestras cortesanas.

Explota el camino por medio de la cera que barniza las elegantes tablillas, y que ella sea la primer anunciadora de la disposición de tu ánimo, que ella le diga tus ternuras con las expresiones que usan los amantes, y seas quien seas, no te sonrojen las más humildes súplicas. Aquiles, movido por las preces, entregó a Príamo el cadáver de Héctor; la voz del suplicante templa la cólera de los dioses.

No economices el prometer, que al fin no arruina a nadie, y todo el mundo puede ser rico en promesas. La esperanza acreditada permite ganar tiempo; en verdad es una diosa falaz; mas nos complace ser por ella en-gañados. Los presentes que le hubieses hecho podrían incitarla a abandonarte, y por lo pronto se 1ucraría con tu largueza sin perder nada. Confíe siempre en que le vas a dar lo que nunca pensaste; así un campo estéril burla mil veces la esperanza del labrador, así el jugador empeñado en no perder, pierde a todas horas, y sus ávidas manos no sueltan los dados que le prometen pingües ganan-cias. Lo principal y más dificultoso es alcanzar de gracia los primeros favores; el temor de darlos sin provecho la inducirá a seguir concediéndolos como antes; dirígele tus billetes impregnados de dulcísimas frases, con el fin de explorar su disposición y tentar las dificultades del camino. Los caracteres trazados sobre un fruto burlaron a Cidipe, y la impru-dente doncella, leyéndolos, se vió cogida por sus propias palabras. Jóvenes romanos, os aconsejo que no aprendáis las bellas artes con el único objeto de convertiros

en defen-sores de los atribulados reos; la beldad se deja arrebatar y aplaude al orador elocuente, lo mismo que la plebe, el juez adusto y el senador distinguido; pero ocultad el talento, que el rostro no descubra vuestra facundia y que en vuestras tablillas no se lean nunca expresiones afectadas. ¿Quién sino un estú-

pido escribirá a su tierna amiga en tono de-clamatorio? Con frecuencia un billete pedan-tesco atrajo el desprecio a quien lo escribió.

Sea tu razonamiento sencillo, tu estilo natural y a la vez insinuante, de modo que imagine verte y oírte al mismo tiempo. Si no recibe tu billete y lo devuelve sin leerlo, confía en que lo leerá más adelante y permanece firme en tu propósito. Con el tiempo los toros rebeldes acaban por someterse al yugo, con el tiempo el potro fogoso aprende a soportar el freno que reprime su ardor. El anillo de hierro se desgasta con el uso continuo y la punta de la reja se embota a fuerza de labrar asiduamen-te la tierra. ¿Qué más duro que la roca y más leve que la onda? Con todo, las aguas soca-van las duras peñas. Persiste, y vencerás con el tiempo a la misma Penélope. Troya resistió muchos años, pero al fin cayó vencida. Si te lee y no quiere contestar, no la obligues a ello; procura solamente que siga leyendo tus ternezas, que ya responderá un día a lo que leyó con tanto gusto. Los favores llegarán por sus pasos en tiempo oportuno. Tal vez recibas una triste contestación, rogándote que ceses de solicitarla; ella teme lo que te ruega y desea que sigas en las instancias que te prohibe. No te descorazones, prosigue, y bien pronto verás satisfechos tus votos. En el ínte-rin, si tropiezas a tu amada tendida muelle-mente en la litera, acércate con disimulo a su lado, y a fin de que los oídos de curiosos in-discretos no penetren la intención de tus frases, como puedas revélale tu pasión en términos equívocos. Si se dirige al espacioso pórtico, debes acompañarla en su paseo,

y ora has de precederla, ora seguirla de lejos, ya andar de prisa, ya caminar con lentitud.

No tengas reparo en escurrirte entre la turba y pasar de una columna a otra para llegar a su lado. Cuida que no vaya sin tu compañía a ostentar su belleza en el teatro; allí sus espaldas desnudas te ofrecerán un gustoso espectáculo; allí la contemplarás absorto de admiración y le comunicarás, tus secretos pensamientos con los gestos y las miradas.

Aplaude entusiasmado la danza del actor que representa a una doncella, y más todavía al que desempeña el papel del amante. Levántate si ella se levanta, vuelve a sentarte si se sienta, y no te pese desperdiciar el tiempo al tenor de sus antojos. Tampoco te detengas demasiado en rizarte el cabello con el hierro o en alisarte la piel con la piedra pómez; deja tan vanos aliños para los sacerdotes que aú-

llan sus cantos frigios en honor de la madre Cibeles. La negligencia constituye el mejor adorno del hombre. Teseo, que nunca se preocupó del peinado, supo conquistar a la hija de Minos; Fedra enloqueció por Hipólito, que no se distinguía en lo elegante, y Adonis, tan querido de Venus, sólo se recreaba en las selvas. Preséntate aseado, y que el ejercicio del campo de Marte solee tu cuerpo envuelto en una toga bien hecha y airosa. Sea tu habla suave, luzcan tus dientes su esmalte y no vaguen tus pies en el ancho calzado; que no se te ericen los pelos mal cortados, y tanto éstos como la barba entrégalos a una hábil mano. No lleves largas las uñas, que han de estar siempre limpias, ni menos asomen los pelos por las ventanas de tu nariz, ni te huela mal la boca, recordando el fétido olor del macho cabrío. Lo demás resérvalo a las muchachas que quieren agradar y para esos mozos que con horror de su sexo se entregan a un varón. Mas ya llama a su poeta Baco, el que ayuda siempre a los amantes y atiza las llamas en que él mismo se consume.

Ariadna erraba loca por la desierta arena que ciñe la isla de Naxos combatida por el mar; apenas sacude el sueño medio cubierta con la sencilla túnica, con los pies descalzos y sueltos los rubios cabellos, se dirige a las sordas olas llamando al cruel Teseo, y un raudal de lá-

grimas se desliza por sus frescas mejillas; gritaba y lloraba a la vez, y el llanto y las voces, lejos de amenguar su belleza, contribuían a realzarla de un modo extraordinario.

Ya golpeándose el pecho sin cesar con mano despiadada, gritaba: "El pérfido ha partido;

¿qué será de mí, qué suerte me espera?" En aquel momento resuenan por el extenso litoral los címbalos y los tímpanos golpeados con frenéticas manos, cae desvanecida, las últimas palabras expiran en sus labios y diríase que en su cuerpo no quedaba una gota de sangre. De súbito aparecen las Bacantes con los cabellos tendidos por la espalda, y detrás la turba de los Sátiros que preceden al dios; después el viejo Sileno, tan borracho, que gracias si se mantiene en equilibrio cogiéndose a las crines del asno cabizbajo, persigue a las Bacantes que huyen y le acometen de improviso; como es tan pésimo jinete, hosti-ga con la vara al cuadrúpedo que monta y al fin se apea de bruces por las orejas del paciente animal. Los Sátiros entonces gritan:

"Levántate, padre Sileno; levántate." Preséntase al fin, en su carro ceñido de pámpanos, el dios que gobierna los domados tigres con riendas de oro. Pálida de terror Ariadna, no nombra más a Teseo, porque la voz se le hie-la en la garganta; tres veces quiso huir, y el miedo la detuvo inmóvil otras tantas; estre-mecióse como las espigas estériles agitadas por el viento y la débil caña que tiembla en las orillas del húmedo pantano. El dios la con-forta así: "Depón tus temores; yo seré un amante más fiel que Teseo, y tú

serás, Ariadna, la esposa de Baco. El cielo premiará tu dolor; como una constelación reinarás en el cielo, y las naves guiarán su rumbo por tu corona de brillantes." Dijo, y para que los tigres no la espantasen desciende del carro, salta sobre la arena de la playa, que cede a sus pies, y la arrebata en los brazos, sin que ella pugne por defenderse; que no es fácil resistir al poderío de un inmortal. Unos ento-nan los cantos de Himeneo, otros gritan:

"Evoe, Evoe", y entre el común alborozo, el dios y la joven desposada se reclinan en el tálamo nupcial. Así, cuando asistieres a un festín en que abunden los dones de Baco, si una muchacha que te atrae se coloca cerca de ti en el lecho, ruega a este padre de la alegría, cuyos misterios se celebran por la noche, que los vapores del vino no lleguen a trastornar tu cabeza. Allí te será permitido dirigir a tu bella insinuantes discursos con palabras veladas que no escaparán a su pers-picacia y se los aplicará a sí misma; escribe en la mesa con gotas de vino dulcísimas ternuras, en las que tu amiga adivine tu pasión avasalladora, y clava en los suyos tus ojos respirando fuego: un semblante mudo habla a las veces con singular elocuencia. Arrebata presuroso de su mano el vaso que rozó con los labios, y bebe por el mismo lado que ella bebió. Coge cualquiera manjar que hayan tocado sus dedos, y aprovecha la ocasión para que tu mano tropiece con la suya; ingé-

niate, asimismo, por ganarte al esposo de tu amada; os será muy útil a los dos el tenerlo por amigo. Si la suerte te proclama rey del festín, concédele la honra de beber primero y regálale la corona que ciñe tu cabeza; ya sea tu igual, ya inferior a ti, déjale que tome de todo antes y no dudes dirigirle las expresiones más lisonjeras. Con el falso nombre de amigo se burla multitud de veces sin riesgo a un marido, y aunque el hecho quede casi siempre impune, no deja de ser un crimen.

En tales casos el procurador suele ir más lejos de lo que se le encomienda, y se cree autorizado para traspasar las órdenes que recibió.

Quiero darte la medida a que te atengas en el beber: es aquella que no impide al seso ni a los pies cumplir con su oficio. Evita, en primer término, las reyertas que provoca el vino, y los puños demasiado prontos a repartir golpes. Euritión murió por haber bebido desatinadamente. Entre el vino y los manjares sólo ha de reinar la alegría. Si tienes buena voz, canta; si tus brazos son flexibles, baila, y no descuides, si las tienes, revelar aquellas dotes que favorecen la seducción. La embriaguez verdadera perjudica, y cuando es fingida puede ser útil. Estropee tu lengua solapada la pronunciación de las voces; así, lo que hagas o digas fuera de lo regular, creerán todos que lo ocasiona el exceso de la bebida. Desea mil felicidades a la señora de tus pensamientos y al que tiene la dicha de compartir su tálamo; mas en lo recóndito del alma profiere contra este último cien maldiciones. Cuando las mesas se levantan y los convidados se retiran, aprovecha las circuns-tancias del lugar y la confusión de la multitud para aproximarte a ella; mézclate entre la turba, colócate sin sentir a su lado, pásale el brazo por el talle y toca su pie con el tuyo.

Esta es la ocasión de abordarla; lejos de ti el agreste pudor; Venus y la Fortuna alientan siempre a los audaces.

No esperes que yo te dicte los preceptos de la elocuencia; rompe atrevido el silencio, y las frases espontáneas y felices acudirán a tus labios. Tienes que representar el papel de un amante y tus palabras han de quemar como el fuego que te devora; te serán lícitos todos los argumentos para persuadirla de tu pasión y serás creído sin dificultad. Cualquiera se juzga digna de ser amada y aun la más fea da gran valor a sus atractivos; mil veces el que simula el amor

acaba por sentirlo de veras y termina por ser lo que al principio fingía. ¡Oh jóvenes!, tened tolerancia con los que se aprestan a engañaros; muchas veces un falso amor se convierte en verdadero. Es-fuérzate por apoderarte de su albedrío con discretas lisonjas, como el arroyo filtra sus claras ondas en las riberas que lo dominan.

Prodiga sin vacilación tus alabanzas a la belleza de su rostro, a la profusión de sus cabellos, a sus finos dedos y su pie diminuto; la mujer más casta se deleita cuando oye el elogio de su hermosura, y aun las vírgenes inocentes dedican largas horas a realzar sus encantos. ¿Por qué Juno y Palas se avergüenzan hoy todavía de no haber obtenido el premio en el certamen de los montes de Frigia?

El ave de Juno despliega orgullosa su pluma-je, viéndolo alabado; si lo contemplas en silencio, recoge sus tesoros. En el certamen de la veloz carrera, los corceles se encienden con los aplausos que se tributan a sus cuellos arrogantes y bien peinadas crines. No seas tímido en prometer; las jóvenes claudican por las promesas, y pon a los dioses que quieras como testigos de tu sinceridad. Júpiter desde lo alto se ríe de los perjurios de los amantes y dispone que los vientos de Eolia los sepulten en las olas; por las aguas de Estigia solía jurar con engaño ser fiel a Juno, y su mal ejemplo alienta hoy a todos los perjuros.

Conviene que existan los dioses, y como conviene creer en su existencia, aportemos a las antiguas aras las ofrendas del incienso y el vino. Ellos no yacen sumidos en quietud reposada y semejante al sueño; vivid en la inocencia y velarán por vosotros. Volved el depósito que se os ha confiado, acatad las piadosas leyes, aborreced el fraude, y que vuestras manos estén limpias de sangre. Si sois listos, engañad impunemente a las jóvenes; fuera de esto observaréis siempre la buena fe. Burlad a las que pretenden

burlaros; casi todas son gente de poca confianza; caigan presas en los lazos que os tienden. Es fama que el Egipto, por la sequía que abrasa-ba la tierra, vió estériles sus campos durante nueve años. Trasio entonces se present6 a Busiris y le anunció que sería fácil aplacar a Jove con la sangre de un extranjero, y Busiris le contestó: "Tú serás la primer víctima ofrecida al padre de los dioses, y como huésped de Egipto, tú nos traerás el agua." Fálaris tostó en el toro de bronce los miembros de Perilo, su inventor, que experimentó el primero tan atroz suplicio: uno y otro fueron justos. ¿Qué ley más equitativa que condenar a los artífices de tormentos a morir con su propia invención? Es razonable castigar a las perjuras con el perjurio, y no pueden quejarse más que de ellas mismas, puesto que su ejemplo alienta la falsía. También son prove-chosas las lágrimas, capaces de ablandar al diamante: si te es posible, que vea húmedas tus mejillas, y si te faltan las lágrimas, porque no siempre acuden al tenor de nuestros deseos, restrégate los ojos con los dedos mo-jados. ¿Qué pretendiente listo no sabe ayudar con los besos las palabras sugestivas? Si te los niega, dáselos contra su voluntad; ella acaso resista al principio y te llame malvado; pero aunque resista, desea caer vencida. Evita que los hurtos hechos a sus lindos labios la lastimen y que la oigas quejarse con razón de tu rudeza. El que logra sus besos, si no se apodera de lo demás, merece por mentecato perder aquello que ya ha conseguido. Después de éstos, ¡qué poco falta a la completa realización de tus votos! La estupidez y no el pudor detiene tus pasos. Aunque diga que la has poseído con violencia, no te importe; esta violencia gusta a las mujeres: quieren que se les arranque por fuerza lo que desean conceder. La que se ve atropellada por la ceguedad de un pretendiente, se regocija de ello y estima su brutal acción como un rico presente, y la que pudiendo caer vencida sale intacta de la contienda, simula en el aspecto la alegría, mas en su corazón reina la tristeza.

Fe-be se rindió a la violencia, lo mismo que su hermana, y los dos raptores fueron de sus víctimas muy queridos.

Una historia harto conocida, y no por eso indigna de contarse otra vez, es la de aquella hija del rey de Seiros, cuyos favores alcanzó el joven Aquiles. Ya la diosa vencedora de sus rivales en el monte Ida había mostrado su reconocimiento a Paris, que la designó como la más hermosa; ya de extraño reino había llegado la nuera al palacio de Príamo y los muros de Ilión encerraban a la esposa de Menelao; los príncipes griegos juraron vengar la afrenta del esposo, que si bien de uno solo, recaía por igual sobre todos. Aquiles ocultaba su sexo con rozagante vestidura de mujer, cosa torpe en verdad si no obedeciera a los ruegos de una madre. ¿Qué haces, nieto de Éaco? No es ocupación digna de ti el hilar la lana. Arribarás a la gloria siguiendo otra arte de Palas. No convienen los canastillos al brazo que ha de soportar el escudo. ¿Por qué sostienes la rueca con esa diestra que derri-bara un día la pujanza de Héctor? Arroja los husos que devanan el estambre laborioso, y empuña en tu recia mano la lanza de Pelias.

Por acaso durmieron una noche en el mismo tálamo Aquiles y la real doncella, que descubrió con su estupro el sexo de quien la acompañaba. Ella, no cabe duda, cedió a fuerza mayor, así hemos de creerlo; pero tampoco sintió mucho que la fuerza saliese vencedora, pues cuando el joven apresuraba la partida, después de trocar la rueca por las armas, le dijo repetidas veces: "Quédate aquí." ¿Dónde está la violencia? Deidamia, ¿por qué detienes con palabras cariñosas al autor de tu deshonra?

Si la mujer por un sentimiento de pudor no revela la primera su intención, se conforma a gusto con que el hombre inicie el ataque.

Excesiva confianza pone en las gracias de su persona el mancebo que espera que la mujer se anticipe al ruego. Es él quien ha de comenzar, quien ha de dirigirle la palabra, ex-presando esas tiernas solicitudes que ella acogerá con agrado. Para obtener su aquies-cencia, ruega; es lo único que ella exige; de-clárale el principio y la causa de tu inclinación. Júpiter se mostraba siempre rendido con las antiguas heroínas, y con todo su poder no consiguió que ninguna se le ofreciese primero. Mas si ves que tus rendimientos sólo sirven para hincharla de orgullo, desiste de tu pretensión y vuelve atrás los pasos. Muchas suspiran por el placer que huye y aborrecen al que se les brinda; insta con menos fervor y dejarás de parecerle importuno. No siempre han de delatar tus agasajos la esperanza del triunfo; en ocasiones conviene que el amor se insinúe disfrazado con el nombre de amistad.

He visto más de una mujer intratable sucum-bir a esta prueba, y al que antes era su amigo convertirse por fin en su amante. Un cutis muy blanco no dice bien al marino, que lo debe tener tostado por las aguas salobres y los rayos del sol, y tampoco al labriego que sin descanso remueve la tierra a la intempe-rie con la reja o los pesados rastrillos; y sería vergonzoso que tu cuerpo resplandeciese de blancura persiguiendo con afán la corona del olivo. El amante ha de estar pálido; es el color que publica sus zozobras, y el que le cuadra, aunque muchos sigan diferente opinión.

Con pálido rostro perseguía Orión por las selvas a Lirice, y pálido estaba Dafnis por los desvíos de una Náyade cruel. Que la demacración pregone las angustias que sufres, y no repares en cubrir con el velo de los enfermos tus hermosos cabellos. Las cuitas, la pena que nace de un sentimiento profundo y las noches pasadas en vela aniquilan el cuerpo de las jóvenes; para lograr tu intento has de convertirte en un ser digno de lástima, tal que quien te vea exclame al

punto: "Está enamorado." ¿Lamentaré la confusión que reina al apreciar lo justo y lo injusto, o más bien os la aconsejaré? La amistad, la buena fe, son entre nosotros nombres sin sentido.

¡Qué dolor!; es peligroso ensalzar a la que amas en presencia del amigo; como estime merecidas tus alaban zas, trata de quitártela.

Mas Patroclo -dirásno mancilló el lecho de Aquiles, y Fedra conservó su pudor al lado de Piritoo. Pílades amó castamente a Hermíone, como Febo a Palas, como los gemelos Cástor y Pólux a su hermana Helena. Si alguien espera hoy ejemplos semejantes, espere coger los frutos del tamariz y encontrar la miel en la corriente de un río. Nos atrae con fuerza la culpa; cada cual atiende a sus placeres, y le resultan más intensos gozándolos a costa de un desdichado. ¡Qué maldad!; no es al enemigo al que ha de temer el amante; guárdate de los que consideras adictos a tu persona, y vivirás seguro; desconfía del pariente, del hermano y del caro amigo, porque todos te infundirán graves sospechas.

Iba a terminar, pero como son tan varios los temperamentos de la mujer, hay mil diversas maneras de dominarla. No todas las tierras producen los mismos frutos: la una conviene a las vides, la otra a los olivos, la de más allá a los cereales. Las disposiciones del ánimo varían tanto como los rasgos fisonómicos; el que sabe vivir se acomoda a la variedad de los caracteres, y como Proteo, ya se convierte en un arroyo, fugitivo, ya en un león, un árbol o un cerdoso jabalí. Unos peces se cogen con el dardo, otros con el anzuelo, y los más yacen cautivos en las redes que les tiende el pescador. No uses el mismo estilo con mujeres de diferentes edades: la cierva cargada de años ve desde lejos los lazos peligrosos. Si pareces muy avisado a las novicias y

atrevido a las gazmoñas, unas y otras des-confiarán de ti, poniéndose a la defensiva. De ahí que la que teme entregarse a un mozo digno, venga tal vez a caer en los brazos de un pelafustán.

He concluído una parte de mi trabajo, otra me queda por emprender: echemos aquí el áncora que sujete la nave.

LIBRO SEGUNDO

Cantad ¡vítor Peán!, cantad por segunda vez ¡vítor Peán!: la presa que acosaba cayó en mis redes. Que el amante risueño ciña mis sienes de verde lauro, y me eleve por encima del cantor de Ascra y el viejo Homero. Tal el hijo de Príamo, huyendo a toda vela de la belicosa Amiclas, arrebató la esposa de su huésped, y tal era, Hipodamia, el que en su carro vencedor te conducía lejos de los patrios confines. Joven, ¿por qué te apresuras?; tu barco navega en alta mar, y el puerto a que te guío está muy lejano. No basta que mis lecciones hayan rendido en tus brazos una bella; por mi arte la conseguiste, y mi arte te ayudará a conservarla. No arguye menos mérito que la conquista el guardar lo conquistado: lo uno es obra del azar, lo otro consecuencia del arte. Ahora, pues, Cupido y Citerea, si alguna vez me fuisteis propicios, venid en mi ayuda; y tú, Erato, cuyo nombre quiere decir amor. Voy a exponer los medios eficaces de fijar los pasos de ese niño vagabundo que recorre por acá y allá el vasto universo. Tiene gran ligereza y dos alas para volar; por consiguiente, es muy difícil sujetar-le al freno. Minos había previsto cuanto pudiese impedir la fuga de su huésped; mas éste con las alas se abrió camino a través de los aires. Apenas Dédalo hubo encerrado aquel monstruo, medio hombre y medio toro, que concibiera una madre criminal, se presentó al justiciero Minos y le dijo: "Espero que pongas término a mi destierro, y que mi pueblo natal reciba mis cenizas; y ya que no me permitió vivir en mi patria la iniquidad del destino, séame lícito morir en ella. Si consideras mi vejez indigna de tu gracia, pon en libertad a mi hijo; y si rehusas perdonarlo, perdona a su anciano padre." Así dice, y re-fuerza éstas con otras mil razones; pero Minos permanecía inflexible, y comprendiendo la inutilidad de los ruegos, se dijo a sí mismo:

"Ahora, Dédalo, ahora se te ofrece la ocasión de acreditar tu inventiva. Minos impera en la tierra y domina sobre el mar; la tierra y las aguas se oponen a nuestra fuga; mas la ruta del cielo queda libre, y por ella intento abrir-me camino. ¡Júpiter poderoso, dígnate favorecer mi audaz tentativa; no me propongo escalar las celestes mansiones, pero no encuentro más que esta vía abierta a mi salvación! Si la Estigia me ofrece un pasaje, atravesaré las ondas de la Estigia: séame permitido cambiar mi propia naturaleza." Las desgracias avivan a menudo el ingenio. ¿Quién hubiese nunca creído que el hombre llegaría a viajar por el aire? Con Plumas hábilmente dispuestas, que enlaza un hilo de lino, y uniendo las extremidades con cera derretida al fuego, termina un día la artística labor.

Icaro, gozoso, maneja la cera y las plumas, ignorando que fuesen las armas que había de cargar en sus hombros. El padre le dijo entonces: " Con estas naves hemos de abordar a la patria, y gracias a su auxilio escapare-mos a la tiranía de Minos. Nos atajó todos los caminos, mas no pudo impedirnos el de los aires; y pues éste se nos permite, aprovecha mi invento para atravesarlo, pero evita aproximarte a la virgen de Tegea y a Orión, que, espada en mano, acompaña al Boyero.

Mide tu vuelo por el mío, yo te precederé, y siguiéndome próximo, caminarás con seguridad bajo mi dirección. Si voláramos por el eterno elemento cerca del sol, la cera no soportaría el calor; y si con vuelo humilde nos deslizásemos hasta la superficie de las olas, las plumas, humedecidas por el agua, perderían su movilidad. Vuela entre estos dos peligros; sobre todo, hijo, teme los vientos, y deja que tus alas obedezcan a su impulso."

Después de darle estos avisos, adapta las alas al muchacho, y le enseña a moverlas, como el ave instruye en volar a sus

débiles polluelos; en seguida ajusta a sus hombros las que fabricó para sí, y ensaya con timidez el vuelo por la nueva ruta. Ya dispuesto a volar, abraza y besa a su hijo, y las lágrimas resbalan por sus mejillas paternales.

Destacábase no lejos una colina que, sin alcanzar la altura de un monte, dominaba los campos, y desde ella se lanzan los dos a la peligrosa evasión. Dédalo mueve las alas, y no pierde de vista las de su hijo, sosteniendo la marcha con uniforme velocidad. Lo nuevo del viaje les produce indecible satisfacción, y el audaz Icaro traspasa las órdenes prescri-tas. Un pescador los vió al tiempo que sorprendía los peces, y del asombro, la flexible caña se le escapó de la mano. Ya habían de-jado a la izquierda Samos y Naxos, Paros y Delos, tan amada de Febo, y a la diestra Le-bintos, Calimne, que sombrean los bosques, y Astipalea, ceñida de pantanos abundantes en pesca, cuando el joven, incauto y temerario con exceso, se eleva más alto en el aire y abandona a su padre; al momento se relaja la trabazón de las alas, la cera se derrite a la proximidad del sol, y por más que mueve los brazos, no acierta a sostenerse en la tenue atmósfera; aterrado, desde la celeste altura pone en el mar las miradas, y el espanto que le produce cubre sus ojos de un denso velo.

La cera se había derretido; en vano agita los brazos, despojados de las alas; falto de sostén, tiembla, cae, y al caer, exclama: "¡Padre, padre mío, me veo arrastrado!"; y las verdes olas ahogan sus voces lastimeras. El infeliz padre, que ya no lo era, grita: "Icaro, Icaro!,

¿por qué región del cielo caminas?" Y aun le llamaba, cuando distingue las plumas sobre las ondas: la tierra recibió sus despojos, y el mar todavía lleva su nombre. Minos no pudo impedir que Icaro volase, y yo me empeño en detener a un dios más voluble que los pájaros. Se equivoca lastimosamente el que recu-rre a las artes de las hechiceras

de Hemonia y se vale del Hipomanes extraído de la frente de un potro juvenil. Las hierbas de Medea y los ensalmos de los Marsos, con sus acentos mágicos, no consiguen infundir el amor. Si los encantamientos lo pudiesen crear, Medea hubiera retenido al hijo de Esón, y Circe al astuto Ulises. De nada aprovecha a las jóvenes tomar filtros amorosos, que turban la razón y excitan el furor. Rechaza los artificios culpables; si quieres ser amado, sé amable; la belleza del rostro ni la apostura arrogante, bastan a asegurar el triunfo. Aunque fueses aquel Nireo tan celebrado por Homero, o el tierno Hilas, a quien arrebataron las culpables Náyades, si aspiras a la fidelidad de tu dueño y a no verte un día abandonado, has de juntar las dotes del alma con las gracias corpo-rales. La belleza es don muy frágil: disminuye con los años que pasan, y su propia duración la aniquila. No siempre florecen las violetas y los lirios abiertos, y en el tallo donde se irguió la rosa quedan las punzantes espinas. Lindo joven, un día blanquearán las canas tus cabellos, y las arrugas surcarán tus frescas mejillas. Eleva tu ánimo, si quieres resistir los estragos del tiempo y conservar la belleza: es el único compañero fiel hasta el último suspiro. Aplícate al cultivo de las bellas artes y al estudio de las dos lenguas. Ulises no era hermoso, pero sí elocuente, y dos divinidades marinas sufrieron por él angustias mortales.

¡Cuántas veces Calipso se dolió viéndole apresurar la partida, y quiso convencerle de que el tiempo no favorecía la navegación!

Continuamente le instaba a repetir los sucesos de Troya, y él sabía relatar el mismo caso con amena variedad. Un día que estaban sen-tados en la plaza, la hermosa Calipso le pidió que le refiriese de nuevo la trágica muerte del príncipe de Odrisia, y Ulises, con una varilla delgada que al azar empuñaba, trazó en la arena el cuadro del suceso, diciéndole: "Ésta es Troya (y dibujó los muros en el suelo

are-noso); por ahí corre el Símois, y aquí estaba mi campamento. Más lejos se distingue el llano (y en seguida lo traza) que regamos con la sangre de Dolon, la noche que intentó apoderarse de los caballos de Aquiles; por allí cerca se alzaban las tiendas de Reso el de Tracia, y por allí regresé yo la misma noche con los corceles robados a este príncipe."

Proseguía la descripción, cuando una ola repentina destruyó el contorno de Pérgamo y el campo de Reso, con su caudillo. Entonces la diosa dijo: "Ya ves las olas que crees favorables a tú partida cómo destruyen en un momento nombres tan insignes."

Seas quien seas, pon una débil confianza en el prestigio de tu lindo semblante y adórnate con prendas superiores a las del cuerpo.

Una afectuosa complacencia gana del todo los corazones, y la rudeza engendra odios y guerras enconadas. Aborrecemos al buitre, que vive siempre sobre las armas, y a los lobos, siempre dispuestos a lanzarse sobre el tímido rebaño, mientras todos respetan a la golondrina, y la paloma Chaonia habita las torres que levantó la industria humana. Lejos de vosotros las querellas y expresiones ofensi-vas; el tierno amor se alimenta de dulces palabras. Con las reyertas, la esposa aleja de sí al marido, y el marido a la mujer; obrando así creen devolverse sus mutuos agravios; esto conviene a las casadas: las riñas son el dote del matrimonio; mas en los oídos de una amiga sólo han de sonar veces lisonjeras. No os habéis reunido en el mismo lecho por mandato de la ley; el amor desempeña con vosotros sus funciones; al acercarte a su la-do, prodígale blandas caricias, y dile frases conmovedoras si quieres que se regocije en tu presencia. No es a los ricos a quienes me propongo instruir en el arte amatorio: el que da con largueza no necesita mis lecciones. Se pasa de listo el que dice cuando quiere:

"Acepta este regalo", y desde luego le cedo el primer puesto: para vencer, sus dones valen más que mis consejos. Soy el poeta de los pobres porque amé siendo pobre, y como no podía brindar regalos, pagaba con mis versos.

El pobre ame con discreción, el pobre huya la maledicencia y soporte resignado muchas cosas que no toleran los ricos. Recuerdo que en cierta ocasión mesé frenético los cabellos de mi querida, y este instante de cólera lo pagué con la pérdida de días deliciosos. Ni me di cuenta, ni creo que le rompiese la túni-ca; pero ella lo afirmó, y tuve que comprarle otra nueva. Vosotros, si sois cuerdos, evitad los desplantes en que incurrí desatinado, y temed las consecuencias de mi falta. Las guerras, con los parthos; con vuestras amigas vivid en paz, y ayudaos con los juegos y las delicias que mantienen la ilusión. Si fuese dura y un tanto esquiva a tus pretensiones, paciencia y ánimo: con el tiempo se ablandará. La rama del árbol se encorva fácilmente si la doblas poco a poco, y se rompe si la tuerces poniendo a contribución todo tu vigor.

Aprovechando el curso del agua, pasarás el río, y como te empeñes en nadar contra la corriente, te verás por ella arrastrado. Con habilidad y blandura se doman los tigres y leones de Numidia, y paso a paso se somete el toro al yugo del arado. ¿Hubo criatura más selvática que Atalanta, la de Arcadia? Pues con toda su fiereza sucumbió a los rendimientos de un joven. ¡Cuántas veces Milanión (así se dice) lloró a la sombra de los árboles su tormento y la crueldad de la doncella!; ¡cuántas, por obedecerla, cargó sobre los hombros las engañosas redes, y atravesó con los dardos al cerdoso jabalí, hasta que se sintió herido por el arco de su rival Hileo, aunque otro arco más temible había hecho blanco un su corazón!

Yo no te ordeno que así armado recorras las asperezas del Ménalo, ni que lleves las redes en tus espaldas, ni que ofrezcas el pecho a las saetas dirigidas contra ti. Un mozo previsor halla suma facilidad en seguir los preceptos de mi arte. Cede a la que te resista; cediendo cantarás victoria. Arréglate de manera que hagas las imposiciones de su albedrío. ¿Reprueba ella una cosa?; reprué-

bala tú y alábala si la alaba; lo que diga, repí-

telo, y niega aquello que niegue, ríete si se ríe, si llora haz saltar las lágrimas de tus ojos, y que tu semblante sea una fiel copia del su-yo. Si juega, revolviendo los dados de marfil, juega tú con torpeza, y en seguida pásale la mano; si te recreas con las tabas, evítale el disgusto de perder y amáñate por que te toque siempre la fatal suerte del perro, y si os entretenéis a las tablas robándoos las piezas de vidrio, deja que las tuyas caigan en poder de la parte contraria; coge por la empuñadura la sombrilla abierta cuando haya necesidad, y si atraviesa por medio de la turba, ábrele camino; al reclinarse en el blando lecho, no descuides ofrecerle un escabel, y quita o calza las sandalias a su pie delicado. A veces tiritando de frío tendrás que calentar su mano helada en tu seno, y aunque sea vergonzoso para un hombre libre, no te abo-chorne sostenerle el espejo: ella te lo agradecerá. El héroe vencedor de los monstruos que le suscitó una madrastra, cuyo odio consiguió vencer; el que ganó por sus méritos el cielo que antes sostuvo en sus recias espaldas, es fama que manejaba los canastillos e hiló la lana entre las doncellas de Jonia. El héroe de Tirinto obedeció los mandatos de una mujer; anda, pues, y quéjate de sufrir lo que aquél sufrió. Si te ordena presentarte en el foro, acude con antelación a la hora que te indique, siendo el último que te retires. ¿Te da una cita en cualquiera otro lugar? Olvida todos los quehaceres, corre apresurado, y que la turba de transeuntes no logre embarazar tus pasos.

Si volviendo a casa de noche después de un festín llama a su esclavo, ofrécele tus servicios, y si estás en el campo y te escribe "ven en seguida", el amor odia la lentitud, a falta de coche emprende a pie la caminata, y que no te retrase ni el tiempo duro, ni la ardiente Canícula, ni la vía cubierta con un manto de nieve. El amor, como la milicia, rechaza a los pusilánimes y los tímidos que no saben defender sus banderas. Las sombras de la noche, los fríos del invierno, las rutas intermi-nables, la crueldad del dolor y toda suerte de trabajos, son el premio de los que militan en su campo. ¡Qué de veces tendrás que soportar el chaparrón de la alta nube y dormir a la inclemencia sobre el duro suelo! Dicen que Apolo apacentó en Fera las vacas de Admeto y se recogía en una humilde cabaña. ¿Quién no resistirá lo que Apolo lleva en paciencia?

Despójate del orgullo, ya que pretendes trabar con tu amada lazos perdurables. Si en su casa te niegan un acceso fácil y seguro y se te opone la puerta asegurada con el cerrojo, resbálate sin miedo por el lecho o introdúcete furtivamente por la alta ventana. Se alegrará cuando sepa el peligro que corriste por ella, y en tu audacia verá la prenda más segura del amor. Muchas veces pudiste, Leandro, abste-nerte de la compañía de Hero; sin embargo, pasabas el estrecho a nado para que conocie-se los arrestos de tu ánimo.

No menosprecies solicitar la ayuda de las criadas, según el puesto que cada cual ocupe, y si es preciso, el favor de los siervos. Saluda a cada cual con su nombre, esto no te perju-dicará, y amante ambicioso, estrecha en las tuyas sus manos serviles. Conforme a tus medios de fortuna, haz algún regalillo de po-co coste al que te lo pida, y lo mismo a las sirvientas en el aniversario de aquel día en que disfrazadas de matronas burlaron y ex-terminaron la hueste de los galos. Créeme, cáptate el favor de la plebe menuda y no te olvides del portero ni del guardián de su dormitorio. No te incito a

dar ricos presentes a tu amada, sino modestos y que los haga valiosos la oportunidad. Cuando la cosecha sea abundante y los árboles rebosen de fruto, ofrécele por tu siervo en un canastillo los dones del campo, y dile, aunque los hayas com-prado en la Vía Sacra, que proceden de un huerto vecino a la ciudad. Envíale la cesta de uvas o las castañas tan apetecidas por Amarilis, bien que a las jóvenes de hoy les gustan poco, y una docena detordos o un par de palomas le testificarán mejor que la tienes presente en la memoria. Con tales obsequios se conquista también la herencia de un viejo sin prole; pero mala peste destruya a los que ofrecen dádivas con criminal intención. ¿Te recomendaré por igual que le escribas en tus billetes versos delicados? ¡Ay de mí! Los versos gozan ahora poco prestigio; son alabados, eso sí, pero se acogen con más gusto los dones magníficos. Por barbarote que sea un rico, nunca deja de agradar. Hoy vivimos en el siglo de oro, al oro se tributan mil honras, y hasta el amor se consigue a fuerza de oro.

Infeliz Homero, si vinieses acompañado de las Musas y con las manos vacías, serías des-pedido ignominiosamente. Sin embargo, hay un corto número de mujeres instruídas y otras que no lo son y quieren parecerlo; a éstas y aquéllas encómialas en tus versos, y buenos o malos, al leerlos, dales relieve con el primor del recitado; doctas e ignorantes acaso consideren corno un pequeño regalo los cantos compuestos en su alabanza.

Avíate de modo que tu amiga te pida en cualquier ocasión aquello mismo que pensa-bas realizar, creyéndolo conveniente. Si has prometido la libertad a alguno de tus siervos, ordénale que vaya a interponer el favor de la señora de tus pensamientos, y si lo indultas de un castigo o lo libras de las cadenas, deba a su intercesión lo que estabas resuelto a disponer. El honor será de tu amiga, la utilidad tuya, y no perderás nada en que ella crea ejercer sobre ti un

dominio absoluto. Si tienes verdadero empeño en conservar tus relaciones, persuádela que estás hechizado por su hermosura. ¿Se cubre con el manto de Tiro?; alabas la púrpura de Tiro, ¿Viste los finos tejidos de Cos?; afirma que las telas de Cos le sientan a maravilla. ¿Se adorna con franjas de oro?; asegúrale que sus formas tienen más precio que el rico rnetal. Si se defiende con el abrigo de paño recio, aplaude su de-terminación; si con una túnica ligera, dile que encienda tus deseos, y con tímida voz ruégale que se precava del frío. ¿Divide el peinado sus cabellos?; alégrente por lo bien dispuestos. ¿Los tuerce en rizos con el hierro?; pon-dera sus graciosos rizos. Admira sus brazos en la danza, su voz cuando cante, y así que termine, duélete de que haya acabado tan pronto. Admitido en su tálamo, podrás vene-rar lo que constituye tu dicha y expresar a voces las sensaciones que te embargan, y aunque sea más fiera que la espantosa Medu-sa, se convertirá en dulce y tierna para su amante. Ten exquisita cautela en que tus palabras no le parezcan fingidas y el semblante contradiga tus razones; aprovecha ocultar el artificio, que una vez descubierto llena de rubor, y con justicia destruye por siempre la confianza. Al declinar de un año abundantísimo, cuando los maduros racimos se pintan con un jugo de púrpura y el tiempo inconstante ya nos encoge con el frío, ya nos sofoca de calor, y sus bruscas transiciones rinden los cuerpos a la languidez, ella puede rebosar de salud; mas si cae enferma en el lecho y siente la maligna influencia de la estación, entonces has de patentizar tu amor y solicitud; siembra entonces para recoger después una abundante cosecha; no te enoje el fastidio que produce una larga enfermedad, rindan tus manos los servicios que ella consienta, vea las lágrimas suspensas en tus ojos y no advierta que la repugnancia te impide besar sus yertos labios y humedecerlos con tu llanto. Haz votos por su saluden alta voz, y si se ofrece la ocasión, cuéntale el sueño de feliz augurio que has tenido y ordena que una vieja purifique el

dormitorio y el lecho, llevando en las trémulas manos el azufre y los huevos de la expiación. Ella conservará grato recuerdo de tus servicios, y con tal conducta muchos se abrieron camino para conquistar una herencia; pero evita provocar el odio de la enferma por tu excesiva oficiosi-dad, y guarda la justa medida en tu solícito celo. No le impidas que coma, y si tiene que tomar una poción amarga, que se la sirva tu rival. El viento que hincha tus velas a la sali-da del puerto, no te servirá cuando navegues en alta mar. El amor débil en su nacimiento, hecho costumbre, cobra fuerzas, y si lo nutres bien, con el tiempo adquiere gran robus-tez. El becerrillo que solías halagar con tus caricias, ya hecho toro infunde pavor; el árbol a cuya sombra descansas ahora, fué un débil plantón; el arroyuelo humilde dilata el caudal en su curso, y por donde pasa recibe multitud de corrientes que lo transforman en río impetuoso. Que se acostumbre a tratarte, tiene gran poder el hábito, y no rehuyas penas o tedios por ganarte su voluntad. Que te vea y escuche a todas horas, y que noche y día estés presente a su imaginación. Cuando abrigues la absoluta confianza de que sólo piensa en ti, emprendes un viaje, para que tu ausencia la llene de inquietud: déjala que descanse; en los barbechos fructifican abundantes las semillas, y la árida tierra absorbe con avidez el agua de las nubes. Mientras tuvo presente a Demofón, Fílida le atestiguó un amor moderado, y así que aquél se hizo a la vela, ésta se consumió en una llama voraz; el cauto Ulises atormentaba a Penélope con su ausencia, y Laodamia languidecía separa-da de su caro Protésilas; pero no retardes la vuelta, en obsequió a tu seguridad; el tiempo debilita los recuerdos, el ausente cae en el olvido, y otro nuevo amante viene a reempla-zarlo. En la ausencia de Menelao, por no dormir sola, se entregó Helena a las ardientes caricias de su huésped. ¡Qué insensatez la tuya, Menelao, partir solo, y dejar bajo el mismo techo a tu esposa con un extranjero!

¡Imbécil!, confías las palomas a las uñas del milano y entregas tu redil al lobo de los montes. No es culpable Helena ni su adúltero amante por hacer lo que tú, lo que otro cualquiera hubiese hecho en su lugar. Tú la indu-jiste al adulterio brindándole el sitio y la ocasión; ella es sólo responsable de seguir tus consejos. ¿Qué había de suceder, con el marido ausente, a su lado un amable extranjero, y temiendo dormir sola en el vacío lecho?

Que Menelao piense lo que quiera, yo la ab-suelvo de responsabilidad; no pecó en apro-vecharse de la complacencia de su marido.

Mas ni el feroz jabalí, cuando colérico lanza a rodar por el suelo los perros con sus colmi-llos fulminantes, ni la leona cuando ofrece las ubres a sus pequeñuelos cachorros, ni la violenta víbora que aplasta el pie del viajero inadvertido, son tan crueles como la mujer que sorprende una rival en el tálamo del esposo: la rabia del alma se pinta en su faz, el hierro, la llama, todo sirve a su venganza, y depuesto el decoro, se transforma en una Bacante atormentada por el dios de Aonia. La bárbara Medea vengó con la muerte de sus hijos el delito de Jasón y los derechos conyu-gales violados. Esa golondrina que ves fue otra cruel madrastra: mira su pecho señalado con las manchas sangrientas del crimen. Los celos rompen los más firmes lazos, las uniones venturosas, y el hombre cauto no debe provocarlos jamás. Mi censura no pretende condenarte a que te regocijes con una sola bella; líbrenme los dioses; apenas las casadas pueden resistir tal obligación. Diviértete, pero cubre con un velo los hurtos que cometas, y nunca te vanaglories de tus felices conquistas. No hagas a la una regalos que la otra pueda reconocer, y cambia de continuo las horas de tus citas amorosas, y para que no te sorprenda la más suspicaz en algún escondite que le sea conocido, no te reunas con la otra a menudo en el mismo lugar. Cuando le escribas, vuelve a releer de nuevo

las tablillas antes de enviárselas: muchas leen en el escrito lo que no dice realmente. Venus, ofendida, prepara con justicia las armas, devuelve los dardos que la hieren, y fuerza al comba-tiente a soportar los males que ha ocasiona-do. Mientras Agamenón vivió contento con su esposa, ésta se mantuvo fiel, y sólo el ejemplo del marido la incitó a claudicar. Clitemnestra había sabido que Crises, con el ramo de laurel en la mano y en la frente las cintas sagradas, no logró rescatar a su hija; había oído hablar, ¡oh Briseida!, del rapto que te causó tan vivos dolores, y de los motivos vergonzosos que retrasaron la conclusión de la guerra. Esto lo había oído, pero con sus propios ojos vió la hija de Príamo, y al vencedor que volvía sin sonrojo hecho, esclavo de su propia cautiva. Entonces la hija de Tíndaro acogió en su pecho y su tálamo a Egisto y vengó con el crimen la infidelidad del esposo.

Si a pesar de las precauciones, tus furtivas aventuras llegan un día a traslucirse, aunque sean más claras que la luz, niégalas rotun-damente, y no te muestres ni más sumiso ni más amable de lo que acostumbras: estas mudanzas son señales de un ánimo culpable; pero no economices tu vigor hasta dejarla satisfecha: la paz se conquista a tal precio, y así desarmarás la cólera de Venus. Habrá quien te aconseje el empleo de hierbas noci-vas, corno la ajedrea o una mezcla de pimienta con la semilla de la punzante ortiga, o la del rojo dragón diluída en vino añejo; todas, a mi juicio, son venenosas, y la divinidad venerada en el monte Erix, poblado de bosque, no consiente que con estas drogas se alcancen sus placeres; puedes aprovecharte del blanco bulbo que nos envía la ciudad de Megara y la hierba estimulante que crece en nuestros jardines, con los huevos, la miel del Himeto y los frutos que produce el arrogante pino.

Docta Erato, ¿a qué te entretienes en dis-currir sobre el arte médica? Corramos por el camino de donde nos hemos separado. Tú, que obediente a mis consejos ocultabas ayer tus infidelidades, modifica la conducta, y por orden mía pregona tus hurtos clandestinos.

No culpes mi inconsecuencia; la corva nave no obedece siembre al mismo viento, ya la impulsa el Bóreas de Tracia, ya el Euro; unas veces hincha las velas el Céfiro y otras el No-to. Mira cómo el conductor del carro ora aflo-ja las tendidas riendas, ora reprime con peri-cia la fogosidad de los corceles. Sirve mal a muchas una tímida indulgencia, pues su afec-to languidece si no lo reanima la sospecha de alguna rival; se embriaga demasiado con los prósperos sucesos y le cuesta gran trabajo sobrellevarlos con ánimo sereno. Como un fuego ligero se extingue poco a poco por falta de alimento y desaparece envuelto por la blanca ceniza, mas con el auxilio del azufre vuelve a surgir la llama que despide una nueva claridad; así, cuando el corazón languidece por exceso de seguridad indolente, necesita vivos estímulos que le devuelvan la energía.

Infúndele agudas sospechas, vuelve a encender de nuevo el fuego apagado, y que pali-dezca con los indicios de tus malos pasos.

¡Oh, cien y mil veces feliz aquel de quien se querella su prenda justamente ofendida!

Apenas la noticia de la infidelidad llega a las-timar sus oídos, cae desmayada y pierde al mismo tiempo el color y la voz. ¡Ojalá fuese yo la víctima a quien arrancase furiosa los cabellos y cuyas tiernas mejillas sangrasen destrozadas por sus uñas! ¡Ojalá al verme se deshiciese en llanto y me contemplase con torvas miradas, y aunque quisiera no acerta-se a vivir un momento sin mí. Si me preguntas cuánto

tiempo has de conceder al des-ahogo de la ofendida, te aconsejaré que el menor posible, para que la dilación no avive la fuerza del resentimiento. Apresúrate a es-trechar con tus brazos su marmóreo cuello, y acoge en tu seno su rostro bañado en lágrimas; cúbrelas de besos y enjúgalas con los deleites de Venus; así firmarás las paces y con el rendimiento desarmarás su cólera. Si ella se desatina en extremo y te declara abiertamente la guerra, invítala a las dulzuras del lecho y allí se ablandará, allí depone sus armas la pacífica Concordia, y de allí, créeme, surge pronto el perdón. Las palomas que acaban de reñir, juntan sus picos acariciado-res, y diríase que sus arrullos suenan como palabras de ternura. La naturaleza al principio era una masa confusa y desordenada, donde giraban revueltos los astros, la tierra y el mar; después el cielo se elevó sobre la tierra y ésta quedó ceñida por las olas del Océano y surgieron del informe caos los diversos elementos: el bosque recibió por habitantes a las fieras, el aire a las aves y los peces esco-gieron las aguas por morada. Entonces el linaje humano erraba en los desiertos, campos y la fuerza constituía el don más preciado de sus rudos cuerpos; las selvas les daban habitación, las hierbas comida, las hojas lecho, y por largo tiempo vivió cada cual desconocido de sus semejantes. La voluptuosidad se dice que dulcificó los instintos feroces, el varón y la hembra, reunidos en el mismo lugar, aprendieron lo que debían hacer sin necesidad de maestro, y Venus no tuvo que recurrir al arte para cumplir su grata misión.

El ave ama a su compañera que le llena de gozo, el pez solicita a su hembra en medio de las aguas, la cierva sigue al ciervo, la serpiente se une a la serpiente, la perra se entrega al adulterio con el perro, la oveja recibe los halagos del carnero del carnero, la vaca se regocija con el toro, la cabra aguanta al inmundo macho cabrío y las yeguas se agitan furiosas, y por juntarse a los potros recorren largas distancias y atraviesan a nado los ríos.

Ánimo, pues; emplea tan eficaz remedio en calmar el enojo de tu amada; es el único que curará su acerbo dolor: esta medicina supera a los jugos de Macaón, y con ella, si hubieses pecado, volverás a ganarte su perdida voluntad. Así cantaba yo. Apolo se me aparece súbitamente, pulsando con sus dedos las cuerdas de la lira de oro, con un ramo de laurel en la mano, ceñida por una guirnalda de sus hojas la divina cabellera, y en tono profético me habla de esta suerte: "Maestro del amor juguetón, guía pronto tus discípulos a mi templo, donde se lee la inscripción conocida en todo el universo que ordena al hombre conocerse a sí mismo: el que se conozca a sí mismo guiará con sabiduría sus pasos por la difícil senda y jamás intentará empresas que sobrepujen a sus fuerzas. Aquel a quien la naturaleza dotó de hermosa cara, saque de ella partido; el que se distingue por el color de la piel, reclínese enseñando los hombros; el que agrada por su trato, evite la monotonía del silencio; cante el hábil cantor, beba el bebedor infatigable; pero el orador imperti-nente no interrumpa la conversación con sus discursos, ni el poeta vesánico se ponga a recitar sus ensayos." Así habló Febo; obedeced sus mandatos: las palabras del dios merecen la mayor confianza. Vuelvo a mi asunto: el que ame con prudencia y siga los preceptos de mi arte, saldrá victorioso y alcanzará cuanto se proponga. No siempre los surcos devuelven con usura las semillas que se les arroja, ni siempre el viento favorece la ruta de las naves. El amante tropieza en su camino más tedios que satisfacciones, y ha de preparar el ánimo a rudas pruebas. No corren tantas liebres en el monte Athos, ni vuelan tantas abejas en el Hibla, ni produce tantas olivas el árbol de Palas, ni se ven tantas conchas a orillas del mar, como penas se pade-cen en las contiendas amorosas: los dardos que nos hieren están bañados en amarga hiel. Si te dicen que ha salido fuera, aunque la veas andar por casa, cree que ha salido fuera y que tus ojos te engañan. Si te ha prometido una noche y encuentras la puerta cerrada, llévalo en

paciencia y reclina tu cuerpo en el duro suelo. Tal vez alguna criada embustera pregunte en tono insolente: "¿Por qué este hombre asedia nuestras puertas?"

Ea, dirige a este intratable bicho frases cari-

ñosas desde los umbrales, y adórnalos con las rosas que arrancaste a la guirnalda de tu cabeza. Cuando se digne recibirte, apresúrate a complacerla; si se niega, retírate: un hombre discreto nunca es importuno. ¿Quieres que tu amiga pueda exclamar: "No hallo medio de despedirle"? Como no siempre la mujer da pruebas de buen sentido, no consideres torpe acción aguantar las injurias y si es preciso los golpes, ni besar tiernamente sus lindos pies. Mas ¿por qué me detengo en mi-nucias insignificantes? Álcese el ánimo a mayores. Cantaré grandes cosas: vulgo de los amantes, préstame dócil atención. El trabajo es arduo, pero no hay esfuerzo sin peligro, y el arte que enseño se recrea en las dificultades. Tolera en calma a tu rival y acabarás por vencer, y aun entrarás triunfante en el templo del sumo Jove. Cree mis vaticinios, que no los profieren labios mortales, sino las encinas de Dódona. Mi enseñanza no conoce preceptos más sublimes. ¿Se entiende por señas con tu rival?; sopórtalo indiferente. ¿Le escribe?; no te apoderes de sus tablillas, dé-

jala ir y volver por doquiera al tenor de su capricho. Algunos maridos tienen esta complacencia con sus legítimas esposas, sobre todo cuando el dulce sueño viene a facilitar los engaños: en este punto, lo confieso, yo no he llegado a la, perfección. ¿Qué partido tomar? Los consejos que prescribo rebasan la medida de mis fuerzas. ¿Toleraré que en mis barbas un cualquiera se entienda por gestos con mi amada, sin que estalle el volcán de mi cólera? Recuerdo que cierto día ella recibió un beso de su marido y me quejé amargamente; tan locas eran las exigencias de mi pasión.

Este defecto me perjudicó no poco en múltiples ocasiones. Es más ladino e1 que permite que otros se regodeen con su prenda; pero yo estimo lo mejor ignorarlo todo. Déjala que oculte sus trapacerías, no sea que la obligada confesión de la culpa haga huir el pudor de su rostro. Así, jóvenes, no queráis sorprender a vuestras amigas; consentid que os engañen y que os crean convencidos con sus buenas razones. Los amantes cogidos infraganti se quieren más desde que su suerte es igual, y el uno y el otro se aferran en seguir la conducta que los pierde.

Se cuenta una hazaña bien conocida en todo el Olimpo: la de Venus y Marte sorprendidos por la astucia de Vulcano. El furibundo Marte, poseído de un amor insensato hacia Venus, de guerrero terrible convirtióse en sumiso amador, y Venus, ninguna diosa es tan sensible a los ruegos, no se mostró hura-

ña y dificultosa al numen de la guerra. ¡Cuántas veces dicen que puso en ridículo la cojera de su marido y las manos callosas de andar entre el fuego y las tenazas! Delante de Marte simulaba la marcha torcida de Vulcano, y en estas burlas realzaba su hermosura con gracia sin rival. Supieron celar bien los primeros deslices, y su trato culpable aparecía lleno de verecundo pudor. Mas el Sol, ¿quién puede ocultarse a sus miradas?, el Sol descubrió a Vulcano la infiel conducta de la esposa. ¡Oh Sol, qué ejemplo diste tan pernicioso! ¿Por qué no reclamaste el premio de tu silencio, ya que ella tenía con qué pagarlo? Vulcano urde en torno del lecho una red imperceptible, que desafiaba la vista más perspicaz, y simula un viaje a Lemnos. Los amantes llegan a la cita, y desnudos uno y otro caen presos en la red.

El marido convoca a los dioses y les ofrece en espectáculo a los prisioneros. Venus apenas podía contener las lágrimas; en vano intentaba taparse la cara y cubrir con las manos las

partes vergonzosas, y no faltó un chusco que dijese al tremebundo Marte: "Si te pesan esas cadenas, échalas sobre mis hombros."

Obligado por las instancias de Neptuno, se resolvió Vulcano a libertar a los cautivos.

Marte se retiró a Tracia y Venus a Pafos. Vulcano, ¿qué ganaste con tu estratagema? Los que antes celaban el delito, hoy obran con entera libertad y sin átomo de pudor. Muchas veces habrás de arrepentirte de tu necia insensatez y de haber escuchado los gritos de la cólera. Os prohibo estas venganzas, como os las prohibe ejecutar la diosa que fué víctima de tales insidias. No tendáis lazos a vuestro rival, ni penetréis los secretos de una misiva cuya letra os sea conocida: dejad estos derechos a los maridos, si estiman que los deben ejercer, pues a ello les autorizan el fuego y el agua de las nupcias. De nuevo os lo aseguro: aquí sólo se trata de placeres consentidos por las leyes, y no asociamos a nuestros juegos a ninguna matrona. ¿Quién osará divulgar los profanos misterios de Ceres y los sacros ritos instituidos en Samotra-cia? Poco mérito encierra guardar silencio en lo que se nos manda, y al contrario, revelar un secreto es culpa harto grave. Con justicia Tántalo, por la indiscreción de su lengua, no alcanza a tocar los frutos del árbol suspendi-dos sobre su cabeza y se ahoga en medio de las aguas. Citerea, sobre todo, recomienda velar sus misterios: os lo advierto para que ningún charlatán se acerque a su templo. Si los de Venus no se ocultan en las sagradas cestas, si el bronce no repercute con estri-dentes golpes, y todos estamos iniciados en ellos, es a condición de no divulgarlos. La misma Venus, cuantas veces se despoja del vestido, se apresura a cubrir con la mano sus secretas perfecciones. Con frecuencia los re-baños se entregan en medio del campo a los deleites carnales; mas al verlos, la honesta doncella aparta ruborizada la vista. A nuestro hurtos convienen un tálamo

oculto y una puerta cerrada, con nuestros vestidos cubrimos vergonzosas desnudeces, y si no busca-mos las tinieblas, deseamos una medio obs-curidad; todo menos la luz radiante de día.

En aquellos tiempos en que aún no se habían inventado las tejas que resguardasen del sol y la lluvia, y la encina nos servía de alimento y morada, no a la luz del día, sino en las selvas y los antros, se gozaban los placeres de la voluptuosidad: tanto respetaba el pueblo rudo las leyes del pudor. Mas ahora prego-namos nuestras hazañas nocturnas, y nada se paga a tan alto precio como el placer de que las sepa todo el mundo. ¿Vas a reconocer en cualquier sitio a todas las muchachas, pa-ra decir a un amigo: "Esa que ves fué rnía", y para que no te falte una a quien señalar con el dedo, la comprometes, de modo que sea la comidilla de la ciudad? Digo poco: hay sujetos que fingen cosas que negarían si fuesen verdaderas, y se vanaglorian de que ninguna les ha negado su favor, y si no mancillan los cuerpos, afrentan los nombres y ponen en duda la reputación de mujeres honradísimas.

Anda, pues, odioso guardián de una mujer, atranca las puertas y échales por más seguridad cien cerrojos. ¿De qué sirven tus precauciones si la calumnia se ensaña en la honra y el adúltero pregona lo que nunca ha existido?

Nosotros en cambio hablarnos con reserva de nuestras conquistas verdaderas, y con un velo tupido encubrimos nuestros hurtos misteriosos. No reprochéis nunca los defectos de una joven; el haberlos disimulado fué a muchos de gran utilidad. Aquel que llevaba un ala en cada pie no reprobó en Andrómeda el color del semblante. Andrómaca sorprendía a todos por su talla desmesurada, pero Héctor encontró que no pasaba de la regular. Acostúmbrate a lo que te parezca mal, y lo conllevarás bien: el hábito suaviza

muchas cosas y la pasión incipiente se alborota por una nona-da. Cuando el ramillo injerto se nutre en la verdadera corteza, cae al menor soplo del viento, mas con el tiempo arraiga y desafía la violencia del huracán, y ya rama vigorosa, enriquece al árbol que la adoptó con frutos exquisitos. Las deformidades del cuerpo desaparecen un día, y lo que notamos como de-fectuoso llega por fin a no serlo. Un olfato poco acostumbrado repugna el olor que despiden las pieles de toro, y a la larga concluye por soportarlo sin repugnancia. Dulcifiquemos con los nombres las macas reconocidas: lla-memos morena a la que tenga el cutis más negro que la pez de Iliria; si es bizca, diga-mos que se parece a Venus; si pelirroja, a Minerva; consideremos como esbelta a la que por su demacración más parece muerta que viva; si es menuda, di que es ligera; si gran-dota, alaba su exuberancia, y disfraza los defectos con los nombres de las buenas cua-lidades que a ellas se aproximan. No le preguntes los años que tiene o en qué consulado nació; deja estas investigaciones al rígido censor, máxime si se marchitó la flor de su juventud, si su mejor tiempo ha pasado y ya comienzan a blanquear las canas entre sus cabellos. Mancebos, esta edad u otra más adelantada cuadra a vuestros placeres, estos campos habéis de sembrar porque producen la mies en abundancia. Mientras los pocos años y las fuerzas os alientan, tolerad los trabajos, que pronto vendrá con tácitos pasos la caduca vejez. Azotad las olas con los remos, abrid la tierra con el arado, o empuñad briosos las sangrientas armas del combate, o entregaos en cuerpo y alma al servicio de las bellas, que como el de la guerra os ofrecerá ricos despojos. Se ha de añadir que las mujeres de cierta edad son más duchas en sus tratos, tienen la experiencia que tanto ayuda a desarrollar el ingenio, saben, con los afeites, encubrir los estragos de los años y a fuerza de ardides borran las señales de la vejez. Te brindarán si quieres de cien modos distintos las delicias de

Venus, tanto que en ninguna pintura encuentres mayor variedad.

En ellas surge el deseo sin que nadie lo pro-voque, y el varón y la hembra experimentan sensaciones iguales. Aborrezco los lazos en que el deleite no es recíproco: por eso no me conmueven los halagos de un adolescente; odio a la que se entrega por razón de la necesidad y en el momento del placer piensa indiferente en el huso y la lana. No agradezco los dones hijos de la obligación, y dispenso a mi amiga sus deberes con respecto a mi persona. Me complace oír los gritos que delatan sus intensos goces y que me detenga con ruegos para prolongar su voluptuosidad. Me siento dichoso si contemplo sus vencidos ojos que anubla la pasión y que languidece y se niega tenaz a mis exigencias. La naturaleza no concede estas dichas a los años juveniles, sino a esa edad que comienza después de los siete lustros. Los que se precipitan demasiado beben el vino reciente; yo quiero que mi tina-ja me regale con el añejo que data de los antiguos cónsules. El plátano sólo después de algunos años resiste los ardores del sol, y la hierba recién segada de los prados hiere los desnudos pies. ¡Qué!, ¿osarías anteponer Hermíone a Helena y afirmar que Jorge valía más que su madre? El que pretenda coger los frutos de Venus ya maduros, si tiene cons-tancia alcanzará el debido galardón.

He aquí que recibe a los dos enamorados el lecho confidente de sus cuitas. Musa, no abras la puerta cerrada del dormitorio. Sin tu ayuda las palabras elocuentes brotarán espontáneas de los labios; allí las manos no permanecerán ociosas y los dedos sabrán deslizarse por las partes donde el amor templa ocultamente sus flechas. Así en otros días lo hizo con Andrómaca el valeroso Héctor, cuyo esfuerzo no brillaba sólo en los combates, y así el gran Aquiles con su cautiva de Lirneso, cuando cansado de combatir se reti-raba a descansar en el lecho voluptuoso. Tú, Briseida, permitías

que te tocasen aquellas manos que aun estaban empapadas con la sangre de los frigios. ¿Acaso no fué esto mismo lo que más te soliviantaba, viendo orgullosa cómo acariciaba tu cuerpo su diestra vencedora? Créeme, no te afanes por llegar al término de la dicha; demóralo insensi-blemente, y la alcanzarás completa. Si das en aquel sitio más sensible de la mujer, que un necio pudor no te detenga la mano; entonces observarás cómo sus ojos despiden una luz temblorosa, semejante al rayo del sol que se refleja en las aguas cristalinas; luego vendrán las quejas, los dulcísimos murmullos, los tiernos gemidos y.las palabras adecuadas a la situación; pero ni te la dejes atrás desple-gando todas las velas, ni permitas que ella se te adelante. Penetrad juntos en el puerto. El colmo del placer se goza cuando dos amantes sucumben al mismo tiempo. Esta es la regla que te prescribo, si puedes disponer de espacio y el temor no te obliga a apresurar tus hurtos placenteros; mas si en la tardanza se oculta el peligro, conviene bogar a todo remo y hundir el acicate en los ijares del corcel. Me acerco al fin de la obra: mozos agradecidos, concededme la palma y ceñid mis cabellos perfumados con guirnaldas de mirto. Cuanto sobresalía Podalirio entre los griegos por su arte en curar, Pirro por su pujanza, Néstor por su elocuencia, Calcas por sus veraces vaticinios, Telamón por su destreza en las armas y Automedonte por su habilidad en guiar los carros, tanto sobresalgo yo en el arte de enamorar. Jóvenes, ensalzad a vuestro poeta, cantad sus alabanzas, y que su nombre corra triunfante por 1a redondez del orbe. Os he provisto de armas corno las que Vulcano entregó a Aquiles; éste venció con ellas; venced vosotros con las que os puse en las manos, y el que con mi acero triunfe de una feroz amazona, inscriba sobre su trofeo:

"Ovidio fue mi maestro." Mas a su vez las tiernas doncellas me suplican les de algunas lecciones, que serán el tema del libro siguiente.

LIBRO TERCERO

Armé a los griegos contra las amazonas, y ahora debo armar contra ellos a Pentesilea y su belicosa hueste. Volad al combate con medios iguales y triunfen los protegidos de la encantadora Venus y el niño que recorre en su vuelo el vasto universo. No era justo que las mujeres peleasen desnudas contra enemigos bien armados, y en estas condiciones la victoria de los hombres sería altamente depresiva. Tal vez alguno del montón me ob-jete: "¿A qué suministras ponzoña a la víbora y entregas el rebaño a la loba furiosa?" Res-pondo que es injusto extender a todas las culpas de unas pocas, y que cada cual debe ser juzgada según los propios méritos. Si Menelao se queja con motivo de Helena, con mucho mayor Agamenón puede acusar a Clitemnestra, la hermana de Helena; si por la maldad de Erifile, la hija de Talaión, Anfiarao descendió vivo a los infiernos sobre sus briosos corceles, tenemos a Penélope casta y fiel a su marido, en los dos lustros de la guerra de Troya y en los otros dos que anduvo errante por los mares. Acuérdate de Laodamia, que acabó sus días en la flor de la edad por unirse a su esposo en la tumba, y de Alcestes, que redimió de la muerte a su marido, Admeto, con el sacrificio de la propia vida.

"Recíbeme, Capaneo, y que nuestras cenizas se confundan", clama la hija de Ifis, y en seguida se lanza en medio de la hoguera. La virtud es femenina por el traje y el nombre;

¿qué tiene de extraño que favorezca a su sexo? Pero mi arte no pretende alentar almas tan grandes; a mi humilde bajel convienen velas más reducidas. Con mis lecciones aprenderán amores fáciles y les enseñaré el modo de conseguir sus propósitos. La mujer no sabe resistir las llamas

ni las flechas crueles de Cupido; flechas que, a mi juicio, hieren menos hondas en el corazón del hombre. Éste engaña muchas veces; las tiernas muchachas, si las estudias, verás que son pérfidas muy pocas. El falso Jasón abandonó a Medea ya hecha madre, y bien pronto buscó otra desposada que ocupase su lecho. Teseo,

¡cuánto temió por tu causa Ariadna servir de pasto a las aves marinas, abandonada en el desierto litoral! Pregunta por qué Filis corrió nueve veces a la playa, y oirás que, dolidos de su infortunio, los árboles se despojaron de su cabellera. Eneas goza fama de piadoso, y, no obstante, Elisa, en premio de la hospitali-dad te dejó la espada y la desesperación, instrumentos de tu muerte. Voy a manifesta-ros lo que causó vuestra ruina: no supisteis amar, os faltó el arte, sí, el arte que perpetúa el amor. Hoy también lo ignoraríais, mas Citerea me ordenó enseñároslo, deteniéndose delante de mí y diciéndome: "¿Qué mal te han hecho la infelices mujeres, que las entregas como desvalido rebaño a los jóvenes armados por ti? Tus dos cantos primeros los adoctrinaron en las reglas del arte, y el bello sexo reclama a su vez los consejos de tu experiencia. El poeta que llenó de oprobio a la esposa de Menelao, mejor aconsejado, cantó después sus alabanzas. Si te conozco bien, te creo incapaz de ofender a las bellas, y mientras vivas esperan de ti el mismo proceder."

Dijo, y de la corona de mirto que ceñía sus cabellos arrancó una hoja y varios granos y me los regaló. Apenas recibidos, sentí la influencia de un numen divino, la luz brilló más pura a mis ojos, y el pecho quedó aliviado de su carga abrumadora. Puesto que me alienta el ingenio, aprended, lindas muchachas, los preceptos que me permiten daros el pudor, las leyes y vuestro propio interés. Tened presente que la vejez se aproxima ligera, y no perderéis un instante de la vida. Ya que se os consiente por frisar en los años

primaverales, no malgastéis el tiempo, pues los días pasan como las ondas de un río, y ni la onda que pasa vuelve hacia su fuente, ni la hora perdida puede tampoco ser recuperada. Aprove-chaos de la juvenil edad que se desliza silen-ciosa, porque la siguiente será menos feliz que la primera. Yo he visto florecer las violetas en medio del matorral, y recogí las flores de mi corona entre los abrojos de la maleza.

Pronto llegará el día en que ya vieja, tú, que hoy rechazas al amante, pases muerta de frío las noches solitarias, y ni los pretendientes rivales quebrantarán tu puerta con sus riñas nocturnas, ni al amanecer hallarás las rosas esparcidas en tu umbral. ¡Desgraciado de mí!, ¡cuán presto las arrugas afean el semblante, y desaparece el color sonrosado que pinta las mejillas! Esas canas que juras tener desde la niñez, se aprestan a blanquear súbitamente toda tu cabeza. La serpiente se reju-venece cambiando de piel, lo mismo, que el ciervo despojándose de su cornamenta; a nosotros nada nos compensa de las dotes perdidas. Apresúrate a coger la rosa; pues si tú no la coges, caerá torpemente marchita.

Añádase a esto que los partos abrevian la juventud, como a fuerza de producir se este-rilizan los campos. Luna, no te ruborices de visitar a Endimión en el monte Latinos; diosa de los dedos de púrpura, no te avergüences de Céfalo, y por no hablar de ti, Adonis, a quien Venus llora desolada, ¿no se debió al amor el nacimiento de Encas y Harmonia?

Imitad, jóvenes mortales, el ejemplo de las diosas, y no neguéis los placeres que solicitan vuestros ardientes adoradores. Si os enga-

ñan, ¿qué perdéis? Todos vuestros atractivos quedan incólumes, y en nada desmerecéis aunque os arranquen mil condescendencias.

El hierro y el pedernal se desgastan con el uso; aquella parte de vosotras resiste a todo y no tiene que temer ningún daño. ¿Pierde una antorcha su luz por prestarla a otra?

¿Quién os impedirá que toméis agua en la vasta extensión del mar? Sin embargo, afirmas no ser decoroso que la mujer se entregue así al varón y respóndeme, ¿qué pierdes sino el agua que puedes tomar en cualquiera fuente?

No pretendo que os prostituyáis, sino libra-ros de vanos temores; vuestras dádivas no os han de empobrecer. Que el leve soplo de la brisa me ayude, a salir del puerto; después en alta mar volaré al impulso de vientos más impetuosos. Comenzaré por los artificios del adorno. A un excelente cultivo son deudoras las viñas de su fecundidad, y las espigas del grano que en abundancia producen. La hermosura es un don del cielo, mas cuán pocas se enorgullecen, de poseerlo; la mayor parte de vosotras está privada de tan rica dote, pero los afeites hermosean el semblante que desmerece mucho si se trata con descuido, aunque se asemeje en lo seductor al de la diosa de Idalia. Si las mujeres de la antigüedad no gastaban, su tiempo en el aderezo personal, tampoco los esposos con quienes trataban se distinguían por el asco. Andróma-ca vestía una túnica suelta. ¿De qué maravi-llarse?; era la esposa de un duro soldado.

¿Había de presentarse cargada de adornos la cónyuge de Ayax, a este héroe que cubría su cuerpo con un escudo de siete pieles de toro?

Antes imperaba una rústica sencillez, mas hoy Roma brilla con las espléndidas riquezas del orbe que ha sometido. Considera, lo que fué antiguamente el actual Capitolio, y creerás que es otro el Júpiter que veneramos. Esa curia donde se reunen los dignísimos senadores, en el reinado de

Tacio era una humilde cabaña. Donde ahora deslumbra el suntuoso templo consagrado a Febo y nuestros insignes caudillos, existía un prado en que se apa-centaban los bueyes. Que otros prefieran lo antiguo, yo me felicito de haber nacido en época que conforma con mis gustos; no porque hoy se explota el oro oculto en el seno de la tierra, y las playas remotas nos envían la concha de la púrpura; no porque decrece la altura de los montes a fuerza de extraer sus mármoles, ni porque se rechazan de la costa las cerúleas olas con los muelles prolongados, sino porque domina el adorno y no ha llegado hasta nosotros la rusticidad primitiva que heredamos de nuestros abuelos. Mas vosotras no abruméis las orejas con esas perlas de alto precio que el indio tostado recoge en las verdes aguas; no os mováis con dificultad por el peso de los recamados de oro que luzcan vuestros vestidos; el fausto con que pretendéis subyugarnos, tal vez nos ahuyenta, y nos cautiva el aseo pulcro y el cabello primo-rosamente peinado, cuya mayor o menor gracia depende de las manos que se ejercitan en tal faena. Hay mil modos de disponerlo; elija cada cual el que le siente mejor, y con-sulte con el espejo. Un rostro ovalado reclama que caiga dividido sobre la frente: así lo usaba Laodamia; las caras redondas prefieren recogerlo en nudo sobre la cabeza y lucir al descubierto las orejas: los cabellos de la una caigan tendidos por la espalda, como los del canoro Febo en el momento de pulsar la lira; la otra líguelos en trenzas, como Diana cuando persigue en el bosque las fieras espanta-das. A ésta cae lindamente un peinado hueco y vagoroso; la otra gusta más llevándolo aplastado sobre las sienes; la una se complace en sujetarlo con la peineta de concha; la otra lo agita como las olas ondulantes; pero ni contarás nunca las bellotas de la espesa encina, ni las abejas del Hibla, ni las fieras que rugen en los Alpes, ni yo me siento capaz de explicar tantas modas diversas, número que aumenta con otras cada día que pasa. A muchas da singular gracia el descuido indolente; crees que se peinó

ayer tarde, y sale ahora mismo del tocador. Que el arte finja la casualidad; así vió Alcides a Jole en la ciudad que tomaba por asalto, y dijo al instante: "La amo"; y tal aparecía Ariadna abandonada en las playas de Naxos, cuando Baco la arrebató en su carro entre los gritos de los Sátiros que clamaban: "Evoe." ¡Qué indulgencia tiene la naturaleza con vuestros hechizos, y cuántos medios os brinda para ocultar los defectos!

Nosotros los disimulamos bastante mal, y con la edad huyen nuestros cabellos, mujer, cuando encanecen los suyos, los tiñe con las hierbas de hermoso que el natural; la mujer se nos presenta con de ajenos convertidos en propios, sin avergonzarse mo Hé cules y el coro de las Musas. de los bordados ni de la lana dos veces teñida en la púrpura de Tiro.

Pudiendo usar tantos colores de en el traje todas vuestras rentas? Ved el color azulaspa-rente y limpia de las nuotro semejante al del carnero que salvó a Frixo y Ino: este verde recibe el nombre de verdemar porque imita sus ondas, y creo fas; aquél se asemeja al azafrán, color de la túnica de la Aurora, que esparciendo rocío apareja en su carro Pafos y de las purpúreas amatistas, el de la rosa en-otra parte tampoco falta, Amarilis, el color de tus castañas, de las almendras, y de la estofa a que la cera ha dado su nombre.

Cuantas flores produce de nuevo la tierra a la llegada de la primavera, en que brotan las yemas de la vid sin temor del invierno pere-zoso, tantas y más varias tinturas admite la lana; elige con acierto, pues el mismo color no conviene a todas personas por igual.

El negro dice bien a las blancas como la nieve, a Briseida sentaba admirablemente, y cuando fué arrebatada vestía de negro. El blanco va mejor a las morenas; Andrómeda lo

prefería, y vestida de este color descendió a la isla de Serifo. Casi me disponía a adverti-ros que neutralizaseis el olor a chotuno que despiden los sobacos, y pusierais gran solicitud en limpiaros el vello de las piernas; mas no dirijo mis advertencias a las rudas monta-

ñesas del Cáucaso, ni a las que beben las aguas del Caico de Misia. ¿A qué recomenda-ros que no dejéis ennegrecer el esmalte de los dientes y que por la mañana os lavéis la boca con una agua fresca? Sabéis que el al-bayalde presta blancura a la piel y que el carmín empleado con arte suple en la tez el color de la sangre. Con el arte completáis las cejas no bien definidas y con los cosméticos veláis las señales que imprime la edad. No teméis aumentar el brillo de los ojos con una ceniza fina o con el azafrán que crece en tus riberas, ¡oh Cidno! Yo he compuesto un libro so bre el modo de reparar los estragos de la belleza, de pocas páginas, pero donde hallaréis mucha doctrina. las feas; en mi arte aprenderéis mil útiles consejos, si evitáis que el amante vea expuestos sobre la mesa nme-junjes con que os embadurnáis la cara, que por pio peso resbalan hasta vuestro seno?; ¿a quién no apesta la grasa que nos envían de Atenas esencia de testigos uséis la medula del ciervo u os res aumentan la belleza, pero son desagradables a la vista. Muchas cosas repulsivas al hacerlas, agradan por el laborioso Mirón, antes de labrarse fueron bloques informes de pesado mármol. Para formar se tejen las vestiduras que os cubren; la que era una undo el líquido humor de su cabellera.

Imaginemos que te hallas durmiendo mientras arreglas tu tocado, y no aparezcas a nuestros ojos hasta después de darte la última mano. ¿Por qué he de reconocer el afeite que blanquea tu tez? Cierra la puerta de tu dormitorio y no dejes ver tu compostura todavía imperfecta. Conviene a los hombres ignorar muchas cosas: la mayor parte les causaría

repulsión si no se substrajeran a su vista. ¿Ves los áureos adornos que resplandecen en la escena de los teatros?; pues son hojas delgadas de metal que recubren la madera, y no se permite a los espectadores acercarse a ellos sin estar acabados. Así, no preparéis vuestros encantos ficticios en presencia de los varones; mas no os prohibo ofrecer a la peinadora los hermosos cabellos, porque así los veo flotar sobre vuestras espaldas; os aconsejo, sí, que no eternicéis esta operación, ni retoquéis cien veces los lindos bucles, y que la peinadora no tema vuestro furor. Odio a la que le clava las uñas en la cara y le pincha con la aguja en el brazo, obligándola a maldecir la cabeza de su señora que tiene entre las manos, y a manchar con lágrimas y sangre sus cabellos aborrecidos.

La que esté medio calva, ponga un guardia a la puerta o vaya a componerse al templo de la diosa Bona.

Un día se anunció mí súbita llegada a cierta jo ven, y en su turbación se puso al revés la cabellera pos iza. Que tan vergonzoso accidente no ocurra más que a mis enemigos, y caiga sólo tal deshonor parthos. Es repulsivo un ani mal mutilado, un campo sin verdor, un árbol svienen a oír mis lecciones Semele o la que atravesó el mar, sobre las espaldas de un falso Menelao, reclamas con tanta ra en retener. La turbamulta que oye mis palabras se ne de feas y hermosas; estas últimas abundan me plCuando el mar duerme tranquilo, el piloto descansa un momento el timón. Cierto que son pocas las ca ras sin defectos; atiende a disimularlos, y a serte po sible, también las macas del cuerpo. Si eres de corta esta da hallán dote de pie; si diminuta, extiende tus miembros a lo largo del lecho, y para que no puedan medirte vié dote tendida, oculta los pies con un traje cualquiera. La que sea en extremo delgada, vístase con estofas burdas y un amplio manto descienda por sus espaldas; la pálida tiña su piel con el rojo de la púrpura, y

remédiese la morena con la subs-tancia extraída al pez de Faros. El pie defor-me ocúltese bajo un calzado blanco, y una pierna desmedrada manténgase firme, sujeta por varios lazos. Disimula las espaldas desiguales con pequeños cojines, y adorna con una banda el pecho demasiado saliente.

Acompaña con pocos gestos la conversación, si tienes gruesos los dedos y toscas las uñas, y a la que le huele la boca le recomiendo que no hable nunca en ayunas, y siempre a regular distancia del que la oye. Si tienes los dientes negros, desmesurados o mal dispuestos, la risa te favorecerá muy poco ¿Quién lo creerá? Las jóvenes aprenden el arte de reír, que presta gran auxilio a la beldad; entreabre ligeramente la boca, de modo que dos lindos hoyuelos se marquen en tus mejillas, y el labio inferior oculte la extremidad de los dientes superiores. Evita las risas continuas y estruendosas, y que suenen en nuestros oí-

dos las tuyas con un no sé qué de dulce y femenino que los halague. Ciertas mujeres, al reír tuercen con muecas horribles la boca; otras dan suelta a la alegría con tales risota-das, que diríase que lloran o lastiman los oí-

dos con estrépito tan ronco y desagradable como el rebuzno de la borrica que da vueltas a la piedra de Aprenden a llorar con gracia, a llorar cuando quie ren y del modo que les conviene. ¿Qué diré de las que se comen letras indispensalengua a pronunciarlas tarta-mudeando? El vicio de estropear las voces lo toman a gracia, y se ingenian estas pequeñeces, que os aprovechará conocerlas. Aprended a andar como os favorezca más; en el vimiento de los pies hay tesoros de gracias ine tima Ésta mueve con intención las caderas, dejando flo tar la túnica a capricho del viento y avanza el pie en acti ida del habitante de Umbría, en su marcha abre en otras mil cosas, guárdese un término medio.

Os cho de la otra el excesivo abandono. Realizarás grandes conquistas si dejas al descubierto la extremidad de la snieve; yo, ante tales hechizos, quisiera en mi arrebato cubrir de besos lo que devoran mis ojos.

Las Sirenas eran unos monstruos marinos que detenían el curso de las naves con su voz encantadora; apenas Ulises oyó sus acentos, estuvo a punto de romper los lazos que le sujetaban, mientras sus compañeros, con la cera puesta en los oídos, desconocían el peligro. El canto es cosa muy seductora: muchachas, aprended a cantar; no pocas, con la dulzura de la voz consiguieron que se olvida-se su fealdad, y repetid ora las canciones que oísteis en los suntuosos teatros, ora los temas ligeros compuestos en el ritmo de Egipto. La mujer aleccionada por mis avisos sepa manejar el plectro con la derecha, y con la izquierda sostener la cítara. Orfeo, el de Tracia, movió las rocas y las fieras, el lago del Tártaro y el Cancerbero de tres cabezas; y tú, Anfión, justísimo vengador de la afrenta de tu madre, ¿no viste, a los acentos divinos de tu voz, obedecer las piedras que alzaron los muros de Tebas? Es harto conocida la fábula de Arión: un pez, aunque mudo, se sintió con-movido por su canto. Aprende así a tocar con las dos manos las cuerdas del salterio, cuya música despierta las efusiones amorosas.

Séante conocidas las poesías de Calímaco, las del cantor de Cos, las del viejo de las de Sa-fo, poetisa en extremo voluptuosa, ni las por las astucias del siervo Geta, y puedes leer ad más los versos del apasionado los mejores trozos de Galo, del dulce Tibulo o el Varrón sobre el Vellocino de Oro, ¡oh nEneas, que echó los cimientos de la soberbia Roma, obra maestra con la cual ninguna se con los de tan egregios Poetas, librando mis escritos de las aguas del elegantes versos del maestro que ha instruído por igual a los dos sexos, y de los tres libros que intituló Los Amores, escoge el que hayas de recitar con voz suave y conmovedora, o

declama en tono elevado una de sus Heroidas, género desconocido del cual se tiene por inventor." Así accedan a mis votos Febo; Baco, el de los cuernos en la frente, y las nueve hermanas, diosas propicias a los poetas. ¿Quién dudará que exijo de una hermosa que sepa la danza, y que mueva, dejando la copa del festín, los torneados brazos al compás de la música? Se aplaude con es-trépito a las que saben cimbrear las caderas en los espectáculos teatrales: tanta seducción encierra su movilidad sugestiva. Casi me sonroja detenerme en estas minuciosidades, mas quiero que las jóvenes sean hábiles en echar los dados y calcular la fuerza con que los arrojan en la mesa, y ya sepan sacar el nú-

mero tres, ya adivinar con viva penetración el lado que se ha de evitar y el que se les demanda; que discurran, si juegan al ajedrez, y comprendan que un peón no puede resistir a dos enemigos; que el rey, cuando pelea sin ayuda de la reina, se expone a caer prisionero, y que el contrario a menudo tiene que volver sobre sus pasos. Si diviertes las horas jugando a la pelota con ancha raqueta, no toques más que la que debes lanzar. Hay otro juego que divide una superficie en tantos cuadritos como meses tiene el año; sobre la pequeña mesa se ponen tres piedras en cada uno de sus lados, y vence quien los coloca en la misma línea. Aprende estos juegos tan divertidos; es de mal tono que una joven los desconozca, y muchas veces jugando suele brotar el amor. No requiere gran talento el aprenderlos a la perfección; más difícil es al jugador aparecer dueño de sí mismo. A veces por falta de prudencia la pasión nos arrebata, y un accidente cualquiera deja ver nuestro carácter al desnudo; estalla la cólera, siempre aborrecible, el afán de lucro suscita cuestio-nes y produce quejas amargas, se apostrofan los contendientes unos a otros, el aire resuena con los clamores, y cada cual invoca en su favor a los dioses irritados, piérdese la confianza entre los que juegan, y piden

que se cambien los tableros; hasta muchas veces noté que las lágrimas humedecían sus mejillas. Que Júpiter preserve de tales torpezas a la que solicita parecer agradable. Estos son los juegos que os permite la debilidad de vuestro sexo; los hombres se ejercitan en otros más esforzados, como el de la pelota, el dardo, el aro de hierro, las armas y el manejo de la rienda que obliga a caracolear al caballo. No tenéis cabida en el campo de Marte, ni acudís a nadar en las aguas heladas de la fuente Virginal o las plácidas ondas del Tíber; en cambio se os consiente, y os resultará de provecho, pasear a la sombra del pórtico de Pompeyo, así que los ardientes corceles del Sol llegan al signo de la Virgen, visitar el suntuoso palacio consagrado a Febo, que ganó sus laureles sumergiendo en el abismo las naves egipcíacas, y los monumentos que alzaron la esposa y la hermana de Augusto con su yerno ceñido por la corona naval. Visitad también las aras donde se quema el incienso en honor de la vaca de Menfis y los tres teatros ocupando los sitios más visibles. Acudid a la arena del circo, húmeda todavía con la tibia sangre, y fijaos en la ardiente rueda que pasa al ras de la meta. Lo oculto permanece ignorado, y nadie desea lo que no ve. ¿Qué partido sacarás de tu hermosura si ninguno la contempla? Aunque superes en el canto a Tamiris y Amebea, no conseguirá el aplauso tu lira desconocida. Si Apeles, el de Cos, no hubiese pintado a Venus, aun yacería ésta sepultada en el fondo de las aguas. Los poetas sagrados, ¿qué piden a los dioses sino la fama? Este es el galardón que esperan de sus trabajos. En otros días los vates eran amados de héroes y reyes, y los antiguos coros alcanzaban magníficos premios: el título de poeta infundía veneración como el de la majestad, y con el honor se le prodigaban cuantiosas riquezas. Ennio, nacido en los montes de Cala-bria, mereció juntar sus cenizas a las del gran Scipión; mas al presente las coronas de hie-dra yacen sin honor y los frutos de las vigilias laboriosas de las Musas se desprecian como productos de la holgazanería. A pesar de ello, aspiramos con tesón a la

fama. ¿Quién conocería a Homero si no sacase a luz La Ilíada, su poema inmortal? ¿Quién tendría noticias de Dánae si, siem-E L A M A R

en la torre? Jóvenes hermosas, os será útil de vez en cuando lejos de vuestras moradas.

El lobo asedia muchas ovejas para sorprender a una, y el ave de Júpiter ofrézcase a las miradas del pueblo; entre tantos no dejará de encontrar uno a quien sorprenda. Véasela nsus prendas. Por doquiera reina el azar; ten siempre dis donde menos te figures. Mil veces los perros olfa tean en vano los escondrijos de la selva, y el ciervo viene a caer en las redes sin que ninguno lo acose. Andrómeda, sujeta a una roca, podía es aesposo encontrar el sucesor, y entonces nada sienta a la mu rla peste de esos mozos que se pagan de su ga-llardía y elegan l artificio de sus cabezas. Lo que te dicen ya lo han dicho a otras mil, y sin norte fijo corren vagabundos de acá para allá.

¿Qué hará la mujer con un mozalbete más afeminado que ella, y que acaso sostenga tratos con mayor número de amantes? Apenas me creeréis, y debéis creerme. Troya permanecería en pie si hubiese aprovechado, los consejos de su rey Príamo. Algunos se insinúan con los agasajos de un falso rendimiento, y por tales medios aspiran a ganan-cias deshonrosas. No os seduzca su cabellera perfumada de líquido nardo, ni el estrecho ceñidor que sujeta los pliegues de su túnica ni la toga de hilo fino, ni la multitud de anillos que casi les cubren los dedos. Acaso el más elegante de éstos sea un ratero que se encienda en el deseo de apoderarse de vuestros ricos vestidos. "Vuélveme lo mío", gritan a todas horas las muchachas despojadas, y el foro resuena en repetidas exclamaciones:

"Vuélveme lo mío." Desde sus templos ruti-lantes de oro, Venus y las diosas de la vía Appia oyen sin inmutarse tales querellas. Entre estos sujetos hay algunos de fama tan vil, que la mujer engañada por ellos merece entrar a la parte de su oprobio. Aprended en las quejas de otras a temer vuestro daño, y no abráis nunca la puerta a un falaz seductor.

Hijas de Cecrops, no fiéis en los juramentos de Tesco; lo que hizo antes, lo hará mañana poniendo a los dioses por testigos de su perjurio. Y tú, rdia de Teseo, ¿qué confianza mereces después de Filis? Si os dan buenas promesas, pagad en la misma moneda; si las cumplen, no rehufuego siempre encendido de Vesta, arrebatar los obInaco y brindar a su esposo el ónito mezclado en la infuamante le niega la satisfacción de Venus.

Mas he ido harto lejos; Musa, refrena los corc les y evita que en su impetuosidad se desboquen. Si en las tablillas de abeto, encarga a una cauta sir viente recoger sus misivas; reflexiona al leerlas, y colige de su propia confesión si es fingida o nace de demora: el retraso, como no se prolongue mucho, aguijonea al amor. Ni te muestres demasiado as quible al que te solicita, ni te niegues a sus prete siones con exce tema y espere a la vez, y a cada repulsa crezcan las esperanzas y el temor disminuya. Redacta las co testaciones en estilo sencillo y natural: el lenguaje corriente es el que mejor impresiona. ¡Cuántas veces una carta bien escrita produjo el incen-dio de un corazón vacilante, y, al contrario, un lenguaje bárbaro echó por tierra el influjo de la beldad! Mas puesto que renuncian vuestras frentes al honor de las sagradas cintas, y a toda costa os proponéis engañar a vuestros maridos, entregad las tablillas a la criada o al siervo más redomado, y no confiéis tan caras prendas a un amante novicio. Yo he visto mujeres, pálidas de terror por tal imprudencia, pasar la mísera vida en continua esclavi-tud. Es pérfido de veras el que se reserva pruebas semejantes,

pero tiene en su poder armas tan terribles como los rayos del Etna.

En mi sentir, debe rechazarse el fraude con el fraude, y las leyes nos permiten ofender a los que nos acometen armados. Procurad que vuestra mano se ejercite en trazar diferentes formas de letra. ¡Ah!, perezcan los traidores que me obligan a tales consejos. No es prudente responder en las tablillas sino después de borrar los signos anteriores, por que la escritura no denuncie dos manos distintas.

Las misivas al amante han de parecer dirigidas a una amiga, y en sus frases, el pronom-bre el debe substituirse por ella.

Ya es hora de renunciar a pequeñeces; tratemos asuntos de mayor importancia, des-plegando al carácter favorece los atractivos físicos; ingenua paz conviene a los hombres, la cólera brutal a las fieras. las venas de sangre y enciende los ojos con las si niestras miradas de las flauta; no te estimo en tanto!", dijo Palas, viendo en obatos de la furia os miráis al esp jo, apenas habrá quien reco-nozca su propia cara. rta de dulcísimas miradas. eaborrecible, y un aspecto altanero lleva cons gérmenes del odio. Mirad al que os contempla, nríe, y a sus gestos re ponded con señales de inteli preludios, el niño vendado renuncia a los dardos aljaba. También abo-rrecemos a las melancólicas. Ame ena a cija-da, nos dejamos vencer por mujeres de genio alegre. Nunca hubiera yo rogado a Andróma-ca ni a Tecmesa que una y otra me dispensa-sen su íntima amistad, y hasta me resistiría a creer, si los hijos no atestiguasen lo contrario, que se ofrecieron en el tálamo sus res-pectivos esposos. La compañera sombría de Ayax ¿pudo decirla nunca "luz de mi vida", ni esas frases que tanto nos seducen? ¿Quién me prohibirá aplicar el ejemplo de las grandes a las cosas menores, y compararlas a las disposiciones de un hábil caudillo? El jefe ex-perto entrega a un oficial el mando de

cien infantes, a otro un escuadrón de caballos, al tercero la defensa de las águilas; vosotras del mismo modo examinad para qué sirve cada uno de nosotros, y dadnos el empleo que nos corresponda. Pedid al rico valiosos presentes y no rechacéis al jurisconsulto que con su elocuencia defiende vuestra causa. Los que componemos versos, solamente versos po-demos enviar; pero sabemos amar como ninguno y cubrimos de gloria el nombre de la que supo conquistarnos. Grande es la fama de Némesis y no menor la de Cintia; a Licoris se la conoce desde el Occidente a las regiones de la Aurora, y son muchos los que desean saber quién se oculta bajo el seudónimo de Corina. Además, la perfidia es aborrecida por los hijos de Apolo, y el arte que cultivan dulcifica sus costumbres. No nos dejamos sobornar por la ambición o la sórdida codicia, y amantes del reposo y la sombra, despre-ciamos los pleitos del foro. Se nos vence con facilidad, nos encendemos en el fuego más vivo y sabemos amar con sobra de buena fe: la dulzura del arte suaviza el temperamento rudo, y nuestros hábitos conforman con la inclinación al estudio. Muchachas, sed com-placientes con los vates de Aonia: el numen les inspira, las Musas les conceden su favor, un dios vive en ellos, traban relaciones con el cielo, y de la bóveda celeste desciende sobre sus cabezas el genio creador. Es un crimen exigir el pago del placer a los doctos vates; pero, ¡ay de mí!, un crimen que ninguna te-me perpetrar.

Valeos del disimulo, encubrid por algún tiempo vuestra codicia; si no, el amante novel escapará pronto a la vista de las redes: el hábil jinete no gobierna lo mismo al potro que las riendas acaban de someter, que al acostumbrado a tascar el freno. No te has de con-ducir de igual modo para dominar a un mancebo en la flor de la juventud, que a un hombre cuya razón han madurado los años.

Aquél, campeón bisoño que ejercita sus primeras armas en la milicia del amor, y presa recientemente caída en los lazos de tu tála-mo, no debe conocer otra que tú, ni separarse un momento de ti; es una débil planta que se ha de resguardar con alta cerca; teme a las rivales, vencerás mientras seas la única: el imperio de Venus y el de los reyes no consiente división: éste, como soldado viejo, amará sin despeñarse, usará de cautela y conllevará prudente lo que un novicio no sabe soportar. No romperá ni intentará incendiar la puerta, ni te clavará las uñas en las tiernas mejillas, ni desgarrará su túnica ni la tuya, ni serán motivo de llanto los cabellos que te arranque: tales excesos son propios de un jovenzuelo, en el arrebato de la pasión y la edad. El hombre ya hecho aguanta resignado los golpes crueles, se enciende en fuego más lento, como la leña húmeda todavía, o el ramaje recién cortado en la selva del monte; su amor es más seguro; el del otro, más vivo y pasajero, coge con presteza el fruto que se te escapa de la mano.

Que todo se rinda de golpe, que las puertas se abran al enemigo y se crea seguro en medio de la traición; lo que se alcanza de modo tan fácil no alienta la perseverancia, y de vez en cuando precisa mezclar la repulsa a la condescendencia; que no traspase los umbrales, que llame cruel a la puerta, y ya rue-gue sumiso, ya amenace colérico. Nos disgusta lo dulce y renovamos el apetito con jugos amargos. Más de una vez perdió a la barca el tiempo favorable; por esta razón no aman los maridos a sus mujeres, porque disponen de ellas como les place. Cierra la puerta, y que el encargado de vigilarla me diga en tono adusto: "No se puede pasar"; la prohibición exaltará mis deseos. Arrojad, ya es tiempo, las armas embotadas, y substituidlas por otras más agudas; aunque temo se vuelvan contra mí los dardos de que os he provisto.

Cuando caiga en el lazo el amante novel, será de gran efecto que al principio se imagine único poseedor de tu tálamo, mas luego mortifícale con un rival que le robe parte de su conquista: la pasión languidece si le faltan estos estímulos. El potro generoso vuela por la arena del circo, viendo los otros que se le adelantan o le siguen detrás. Cualquier dosis de celos resucita el fuego extinguido; yo mismo, lo confieso, no sé amar si no me ofenden; pero cuida no se patentice demasiado la causa de su dolor; importa que sos-peche más de lo que realmente sepa; exa-cérbalo con la enfadosa vigilancia de un su-puesto guardián o la molesta presencia de un esposo severo; la voluptuosidad que se goza sin riesgo tiene pocos incentivos; finge temor aun siendo más libre que Tais, y aunque puedas abrirle de par en par las puertas, dile que salte por la ventana; lea en tu semblante indicios de terror, y que una astuta sierva entre apresurada y grite. "Somos perdidos", y oculte en cualquier escondite al joven lleno de espanto. En compensación, permítele que te acompañe algunas noches libre de miedos, no vaya a creer que no valen los sustos que le cuestan: Quisiera pasar en silencio las estratagemas que burlan a un marido astuto o un guardián incorruptible. Casadas, temed a vuestros esposos, que tienen el derecho de espiar vuestros pasos: es lo justo, y así lo demandan las leyes, la equidad y el pudor; mas ¿quién tolera ver sometida a esta vigilancia la liberta que ha poco redimió la varilla del pretor? Ven a mi escuela, y aprenderás el arte de los engaños. Aunque te vigilen tantos corno ojos tenía Argos, si te empeñas con decisión te reirás de todos. ¿Podrá ningún guardián impedirte que escribas tus billetes en las horas que dedicas al baño, y que la confidenta los lleve ocultos en el seno cubierto por un chal, o que los substraigas a la vista metidos en el calzado o bajo la planta del pie? Y demos que se descubran tus ardides; la misma confidenta te prestará sus espaldas a guisa de tablillas, y en la piel de su cuerpo volverá las respuestas. Los signos que se tra-zan con leche

recién ordeñada burlan la pers-picacia de un lince, y se leen claramente echándoles un polvillo de carbón. El mismo efecto obtendrás con la punta de la caña del húmedo lino, y en las tablillas, al parecer intactas, quedarán grabados caracteres invisibles.

Grande empeño demostró Acrisio en guardar a su hija Dánae; ésta, sin embargo, con su falta le hizo pronto abuelo. ¿Qué conseguirá impedir un guardián cuando hay en Roma tantos teatros, cuando la mujer puede asistir, si lo desea, a las carreras del circo, o acude a las fiestas celebradas en honra de Isis, donde no se permite la entrada a los vigilantes de sus pasos, porque la diosa Bona excluye de su recinto a los varones, fuera de aquellos que le place admitir; cuando los siervos quedan a la guarda de los vestidos de la señora, a la puerta del baño, y dentro se oculta el amante libre y seguro? Siempre que ella quiera, encontrará una amiga que se finja enferma y le ceda por complacerla su lecho.

El nombre de adúltera que damos a una llave falsa indica bien claro su uso, y la puerta no es el único medio de penetrar en la casa que se solicita. Se adormece la vigilancia del más taimado haciéndole beber en demasía, aunque sea el jugo de la vid coselo sumen en profundo sopor y obscurecen sus ojos con la negra noche del teo. La acuerdo contigo, puede detener al odioso con sus caricias, y ella a la vez regodearse largas ho ras. ¿Mas a qué andar con rodeos y consejos de tan poco fuste, si con cualquier regalo se consigue so-bornan a los hombres y los dioses, y el mismo Júpiter se aplaca con las ofren amismo marido cerrará la boca desde el momento que las reciba; pero basta que compres el silencio a todas horas la mano que alargó la primera vez. Me quejaba, bien lo recuerdo, de que no se p die alcanza exclusivamente a los hombres. Si eres cr dula con exceso, gozarán otras las dichas que se te ecitas y le cede su lecho, en más de una ocasión hizo suyo a tu

amante. No te sirvas tampoco de criada sa, porque algunas veces ésta ocupó conmigo el lugar de su señora. ¿Adónde me desp ña la insensatez? ¿Por qué descubro el pecho a los dardos del enemigo y me hago traición a mí mismo? No enseña el ave al cazador el modo de sorprenderla, ni la cierva a la traílla de perros cómo la han de perseguir; mas si resultan útiles, continuaré explicando mis lecciones con fidelidad, aunque en mi daño su-ministre las armas a las mujeres de Lemnos.

Arreglaos de manera, la cosa es fácil, que nos juzguemos amados por vosotras: se cree con facilidad lo que se desea ardorosamente.

Trastornad al doncel con vuestras miradas, arrojad hondos suspiros, y reprobadle el haber venido tan tarde; acudid a las lágrimas por los fingidos celos de una rival, y señaladle la cara con vuestras uñas; él, compadeciendo tanto dolor, exclamará persuadido: "Esta mujer está loca por mí." Sobre todo, si tiene lindas facciones y se lo advierte el espejo, se sentirá capaz de infundir amor a las mismas diosas.

Seas quien seas, que la ofuscación no te lleve muy lejos, ni llegues a perder el seso oyendo el nombre de una rival. No creas con ligereza: Procris te ofrece un lastimoso ejemplo de lo perjudicial que resulta el creer sin reflexión. Cerca de los collados que matizan de púrpura las flores del Himeto brota una fuente sagrada cuyas márgenes están cubiertas de césped; los árboles y arbustos, sin formar bosque, defienden del sol, y esparcen sus perfumes el laurel, el romero y el obscuro mirto; crecen allí los bojes recios, las frágiles retamas, el humilde cantueso y el pino arrogante, y las flexibles ramas con las altas hierbas se balancean al blando impulso del Céfiro y las auras saludables. Allí descansaba el joven n"Aura voladora, ven, alivia mi calor y refresca mi ardiente seno." Un mal inocentes palabras, corre y advierte a

la suspicaz esposa, la cual, tomando el nom de una concubina, se desploma abrumada al peso de tan súbito dolor. Palidece como después de la ve dimia las hojas tardías de la vid que el próxi-mo i vierno destruye, o como los maduros membrillos del cornejo aun no sazonados para que se puedan que viste su cuerpo, y se ensangrienta la cara con las uñas. Precipita-da, furibunda, con los ca lBacante agita el tirso en su delirio, y no bien llega al lugar decidida en la selva evitando que se sienta el rumor de sus pasos. ¿Cuáles eran, Procris, tus designios cuando así te ocultabas? Insen-sata, ¿qué volcán estallaba en tu pecho albo-rotado? Sin duda temías que iba a llegar esa Aura que te mortificaba y ver con tus propios ojos la traición de que eras víctima. Ya quisieras no haber emprendido tal viaje, ni sorprender a los culpables; ya te confirmas en tu resolución, y los celos te anegan en cruel in-certidumbre. El lugar, el nombre y el delator incitan tu crueldad, por esa inclinación de los amantes a creer siempre lo que temen, y así que nota en la hierba las señales del cuerpo que la había hollado, siente acelerarse los trémulos latidos de su corazón. Ya el sol en la mitad de su carrera acortaba las tenues sombras, y partía por igual la distancia del Oriente al Ocaso, cuando he aquí que Céfalo, el hijo de Cileno, vuelve a descansar en la selva y apaga la sed que le devora en la fuente vecina. Procris, escondida y llena de ansie-dad, le ve tenderse en la hierba y oye que llama de nuevo al Aura y los blandos Céfiros: entonces se da cuenta la mísera del error a que la indujo aquel nombre, vuelve a mejor acuerdo y su faz recobra los perdidos colores.

Álzase ligera, con el movimiento del cuerpo agita el follaje y corre a precipi y éste, cre-yendo que se le acerca una fiera, coge con presteza el arco y toma en la diestra el dardo fatal. qué desgracia!, tu esposa cae "¡Ay de mí! -grita la -, has atravesado el cora zón de tu amante en el sitio profundo siempre heri do por Céfalo. Muero prematuramente, mas sin

más leve sobre mi cuerpo: ya mi alas del Aura que me engañó con su nombre; ven, y que tu querida mano cierre mis ojos." Él, aterrado, Pro cris y con su llanto riega la mortal herida, por donde exhala el alma, víctima de funesta imprudencia, y en timo suspiro.

Pero volvamos a nuestro camino; tengo que explicar sin ambages, porque mi barca fatigada desea arribar al puerto. Sin duda esperáis que os conduzca a la sala del festín, y deseáis oír todavía mis lecciones. Acude allí tarde y no hagas ostentación de tus gracias hasta que se enciendan las antorchas: el es-perar favorece a Venus y la demora es una gran seducción. Si eres fea, parecerás hermosa a los que están ebrios y la noche velará en las sombras tus defectos. Toma los manjares con la punta de los dedos, la distinción en comer tiene gran precio, y cuida que tu mano poco limpia imprima señales de suciedad en tu boca. No pruebes nada antes de ir al festín, y en la mesa modera tu apetito, y aun come algo menos de lo que te pida la gana.

Si el hijo de Príamo viera a Helena convertida en una glotona, la hubiese aborrecido, dicien-do: "¡Qué rapto tan estúpido el mío!" Mejor sienta a una joven el exceso en la bebida; Baco y el hijo de Venus fraternizan amiga-blemente; pero no bebas más de lo que soporte tu cabeza, y no se enturbien tus razones, ni vacilen tus pies, ni veas dobles los objetos. Repugna la mujer entregada a la embriaguez; en tal situación merece ser la presa del primero que llega; y de sobremesa tampoco se rendirá sin peligro al sueño, que es muy propicio a los ultrajes hechos al pudor. Me avergüenza proseguir mis enseñanzas, mas la hermosa Dione me alienta y dice:

"Eso que te sonroja es lo principal de mi culto." Cada cual se conozca bien a sí misma y preste a su cuerpo diversas actitudes: no favorece a todas la misma postura. La que sea

de lindo rostro, yazga en posición supina, y la que tenga hermosa la espalda, ofrézcala a los ojos del amante. Milanión cargaba sobre sus hombros las piernas de Atalanta: si las tuyas son tan bellas, lúcelas del mismo modo.

La mujer diminuta cabalgue sobre los hombros de su amigo. Andrómaca, que era de larga estatura, nunca se puso sobre los de su esposo Héctor. La que tenga el talle largo, oprima con las rodillas el tálamo y deje caer un poco la cabeza; si sus músculos incitan con la frescura juvenil y sus pechos carecen de máculas, que el amante en pie la vea ligeramente inclinada en el lecho. No te sonroje soltar, como una Bacante de Tesalia, los cabellos y dejarlos flotar sobre los hombros, y si Lucina señaló tu vientre con las arrugas, pelea como el ágil partho, volviendo las espaldas. Venus se huelga de cien maneras distintas; la más fácil y de menos trabajo es acos-tarse tendida a medias sobre el costado derecho.

Nunca los trípodes de Febo ni los oráculos de Júpiter Amnón os responderán las verdades que os dicta mi Musa. Si merece alguna confianza el arte de que hice larga experiencia, creed que mis cantos nunca os engaña-rán. Siéntase la mujer abrasada hasta la medula de los huesos, y el goce se dividirá por igual entre los dos amantes; que no cesen las dulces palabras, los suaves murmullos y los deseos atrevidos que estimulan el vigor en tan alegres combates. Y tú, a quien la naturaleza negó la sensación de los placeres de Venus, finge sus gratos deliquios con falsas palabras. Desgraciada de aquella que tiene em-botado el órgano en que deben gozar lo mismo la hembra que el varón, y cuando finjas, procura que tus movimientos y el brillo de tus ojos ayuden al engaño, y lo acrediten de verdadero frenesí, y que la voz y la respiración fatigosa solivianten el apetito. ¡Oh vergüen-za!, la fuente del placer oculta misteriosos arcanos. La que al dejar los brazos del amante le exige el pago de sus

complacencias, ella misma priva de todo valor a los ruegos. No consientas que la luz penetre por las ventanas abiertas: hay cosas en tu cuerpo que parecen mejor vistas entre sombras. Aquí ter-minan mis juegos: ya es hora de soltar los cisnes sujetos a la lanza de mi carro, y que las lindas muchachas, como antes lo hicieron los jóvenes, inscriban en sus trofeos: "Tuvi-mos a Nasón por maestro."

FIN DE "EL ARTE DE

AMAR"

NOTAS

LIBRO PRIMERO

Verso 5. Automedon.Automedonte, el co-chero de Aquiles y Pirro, que aun designa a todos los del oficio. V.6. Tiphys.El piloto de la nave de los Argonautas.

V. ii. Phillvrides. El centauro Quirón, maestro de Aquiles e hijo de la ninfa Filira. V. 27.

Clío. La musa de la Historia. V. 28. Ascra. No guardé en Ascra los ganados como Hesíodo.

V. 31. Este procul vittae tenues.-Las doncellas, como las vestales, recogían sus cabellos con graciosa cinta, y Ovidio las designa por este distintivo, y les advierte que sus es-cabrosas lecciones van dirigidas a cortesanas, dando pruebas del respeto que le merecen el candor y la modestia que ocultan casi los pies con la franja, institita, bordea su vestido, recatándolos de miradas imperti nentes y proca-ces. V. 6 1. Cima meridional del Ida, en la V.

6 1. -Ciudad de Lesbos al Norte nombre. V.

71. Pompeva lentus. uando el sol de paseos el de Pompeyo, tan frecuentado por su mag-nifice cia, la fres plátanos; el cual se alzaba próximo al teatro para que en él hallasen refu lluvia repentina e imprevista interrumpía la repre sentación. Había otros muchos pórticos, corno el de Octavia, el de Livia, etc.; todos ellos apretaba el calor.

V. 76. Cultuque Iudaeo. Los romanos tu-vieron con la religión de los hebreos una tolerancia que negaron a los cristianos,

tal vez porque los sectarios de Moisés no aspiraban a catequizar y dominar el linaje humano.

V. 77. Neu fuge linigerae. Había varios templos consagrados a Isis; aquí alude al edificado en el campo de Marte, y las palabras del poeta, junto con otros testimonios, prueban que sus misterios favorecían las in-trigas amorosas, las citas convenidas y las aventuras locas que tanto seducen a la juvenil edad. V. 112. In medio plausu. Dichosos los tiempos de Rómulo, que no conocieron en el teatro todavía rudimentario la claque insolente que hoy se impone al público sensato, y decreta los éxitos escénicos según conviene al empresario, al autor o a los comediantes.

En los albores de Roma no existía esta plaga, que en los días del imperio de Nerón llegó a constituir un oficio lucrativo, y ¡ay del que asistiese a las lecturas imperiales, y no se entusiasmara y aplaudiera a rabiar los cantos y poemas del César semidiós! V. 147. At quum pompa frequens. Antes de comenzar los juegos del circo dados en honor de Cibeles y Ceres, paseábanse procesional mente las estatuas de dichas diosas con las de otras divinidades, y no había de faltar la de Venus, madre de Eneas y numen predilecto de los amantes.

V. 159. Fuit utile multis. -Estos finos obsequios con que el galanteador se insinuaba en el ánimo de la que pretendía, nos advierten que el uso de los abanicos para defenderse del calor, y el de los cojines para no sentirse los espectadores molestados por la dureza de los asientos, se habían casi generalizado, y también el de los taburetes, que lo alto de las gradas hacía indispensables a las personas de corta estatura, ya que sin ellos debían tener forzosamente los pies al aire, posición incó-

moda y fastidiosa en espectáculos de largas horas.

V. 171 Belli navalis. Describe una de esas naumaquias que enloquecían a los romanos como a nuestro pueblo los toros, y que al principio se realizaron en espaciosos lagos a orillas del Tíber, y con el tiempo llegaron a consumir cuantiosas sumas por el lujo y es-plendidez que en ellas se derrochaba. Después estos combates se verificaron en la arena de los anfiteatros, inundada con tal pronti-tud por medio de canales subterráneos, que el espectador apenas se daba cuenta del tiempo transcurrido en convertir el suelo firme donde luchaban los gladiadores, en la móvil superficie que sustentaba las naves prestas a chocar y destrozarse desesperada-mente, para satisfacer con la sangre vertida a raudales los instintos feroces de aquel pueblo inaccesible a la compasión. V. 194. Nunc ju-venum princeps. Llamábase príncipe de la juventud al que figuraba en primer lugar en el censo de los caballeros.

V. 234. Purpureus… Amor. -Le da el epíte-to de purpureus, o por ser éste su natural color, o porque la sangre encendía sus mejillas a causa de las frecuentes libaciones. En cuanto a los cuernos que los antiguos pusie-ron en la frente de Baco, como signos de for-taleza y arrogancia, acaso respondan a su costumbre de viajar cubierto con la piel de un macho cabrío, animal que se sacrificaba en las Dionisíacas en conmemoración del que rumiaba las cepas de Icario, que dió origen al himno que entonaron los vendimiadores, convertido más tarde por Tespis en un diálo-go del cual surgió, andando el tiempo, la tragedia de Esquilo, llena de fuego y espíritu religioso. V. 257. Quid referam Baias. Bayas, en el golfo de Nápoles, alcanzó gran predica-mento por sus aguas furosas, y allí se daban cita en primavera la riqueza, la elegancia y la disipación, ansiosas de agotar la copa de los placeres, aun a costa de la salud tan a dorosamente buscada en sus cálidos manantiales.

V. 285. Biblis, hija de oCauno, y le persiguió a través de varias comarcas, hasta que, ren-dida a la fatiga, según diciones, quedó convertida en fuente, y se gún otras, se echó un lazo al cuello. V. 287.. Mirra, esposa de efo-seada por su inclinación criminal en el árbol que lleva el mismo nombre. V. 329. Cressa Thyesteo. Aeropa, esposa de Atreo, a la cual sedujo Tiestes, hermano de aquél.

V. 336. Conjugis Attrides.Clitemnestra, enamorada de Egisto. V. 337. Creusa. La hija de Creón, rey de Corinto, abrasada por el fatal regalo de boda que le envió Medea el día de su desposorio con Jasón. V. 339. Phoenix.

-Fenix, el hijo de Amíntor, acusado por una concubina de su padre de haber pretendido violentarla, fué condenado a la ceguera sin más averiguaciones. V. 341. Phineu. Fineo privó de la vista a sus hijos por las imputa-ciones calumniosas de una madrastra, y las Harpías le atormentaron horriblemente hasta que Zeto y Cálais vinieron en su auxilio.

V. 457. Cydippen. -Calímaco escribió un poema totalmente perdido sobre las desdichas de esta doncella ateniense, que causó profunda impresión al mancebo Aconcio en el templo de Diana, cuya fiesta se conmemora-ba. Sabedor de que todo juramento en este sitio pronunciado debía cumplirse por necesidad, escribió sobre una manzana el suyo, reducido a desearla por legítima esposa, y echó rodando el fruto a sus pies. Cogiólo Cidipe, leyó la inscripción en alta voz, y luego lo arrojó con desdén; pero cuantas veces se dispuso a dar la mano de esposa a otros pretendientes, le acometía grave enfermedad, impidiendo la realización del pacto marital hasta que supo el padre la causa de sus misteriosos dolores, y la concedió al enamorado Aconcio. V. 479. Legerit et nolit rescribere. El consejo es de hombre experimentado; en las contiendas de Venus nadie se deje abatir al primer aparente revés de la fortuna.

V. 505. Torquere capillos -Usábanse diferentes formas de peinado entre los jóvenes, ya en rizos, ya en trenzas sueltas, ya recogidas en nudo, usurpando a las doncellas los atributos y gracias de tina bien compuesta y artística cabellera; vanidad que apenas, se-gún el autor, conviene a los eunucos sacerdotes de Cibeles, o a esos entes afeminados que denuncian el error más craso de la naturaleza al crearlos casi hombres por el orga-nismo, y menos que mujeres por sus gustos e inclinaciones. V. 524. Quaerit habere virum. -

En medio de la libertad que respiran los dísticos de El Arte de Amar, tres atenuantes po-derosas disminuyen en grado máximo la responsabilidad en que incurre Ovidio con tan poco ejemplares lecciones. Es la primera, que su obra se dirige a las muchachas de vida alegre, respetando el decoro de las matronas y el poder de las doncellas criadas en el reco-gimiento del hogar doméstico; la segunda, que a pesar de las escabrosidades del terreno que pisa, jamás se deslizan vocablos torpes o frases nauseabundas, licencia indisculpable en la que incurren a menudo otros poetas, porque su distinción y finura le impedían descender al lenguaje soez de la abyecta plebe; y la tercera, que constituyendo en aquel tiempo el amor de los mancebos un vicio casi general, del que nadie se recataba, y muchos lo pregonaban con cierta orgullosa satisfacción, Ovidio lo repugna con asco, abomina los placeres de Venus que no sean recíprocos y se revuelve contra la aberración de la pede-rastia, que sin convertir a los hombres en mujeres, los pone muy por debajo de las bes-tias irracionales. V. 543. Ebrius... Silenus.

Sileno, el ayo y pedagogo de Baco, era un viejo de cabeza calva, chata nariz, vientre panzudo, genio alegre y casi siempre borracho, que por la debilidad de piernas y ser pésimo jinete, montaba sobre un asno, acompañando en sus

correrías al dios de las cepas, y con frecuencia se apeaba por las orejas del paciente animal, provocando la hilaridad de los Sátiros y las Bacantes.

V. 581. Huic si sorte bibes. Por la suerte de los dados se elegía el rey del festín con autoridad para prescribir lo concerniente a la bebida de los comensales, y constituía una deferencia delicada renunciar al nombramien-to y ofrecerlo a otra persona, de lo cual se valían muchas veces los libertinos en menos-cabo de los maridos. V. 593. Eurition -En el duodécimo libro de Las Metamorfosis refiere con su brillantez acostumbrada la descomunal batalla de los Centauros y Lapitas, que provocó la embriaguez y lujuria de Euritión, hasta el punto de arrebatar a Piritoo la hermosí-

sima Hipodamia, y cogerla por los cabellos; hazaña que imitaron los suyos apoderándose por fuerza de las mujeres que asistían al festín de tan célebres y luctuosas nupcias. Pero Tesco vuelve por su amigo Piritoo, arrebata al ladrón la presa, rechaza su acometida, le arroja una enorme copa a la cabeza y se la parte en pedazos, dejándolo cadáver sobre el charco de sangre y de vino que en sus últimos instantes arrojaba por la boca. V. 679.

Vim passa est Phoebe. No alude a Febe, la hermana de Apolo, sino a la hija de Leucipo que, con su hermana Hilaira, estaba prometida la primera a Idas y la segunda a Linceo.

Cástor y Pólux, enamorados de ellas, las rap-taron, y fueron perseguidos por sus rivales, con quienes trabaron enconada lucha, mu-riendo Cástor a manos de Linceo y éste a las de Pólux. Ovidio relata esta leyenda trágica al final del libro quinto de Los Fastos. V. 696.

Pelias hasta. La llama Pelias, porque Palas se la entregó a Peleo el día de sus nupcias, o bien porque el centauro

Quirón, maestro de Aquiles, la tuvo oculta en el monte Pelión.

V. 731. Pallidus.. Orion. -Nada sabernos de los amores de Lirice con Orión, diestro e infatigable cazador que acompañaba a Diana en las selvas, y que a su muerte fué transforma-do en una constelación.

V. 732. Daphnis. -Pastor siciliano, hijo de Mercurio, y ciegamente enamorado de una Náyade, que se vengó más tarde de su infidelidad dejándole ciego.

LIBRO SEGUNDO

Verso 1. Paean. -Grito en que estallaba la satisfacción de los cazadores cuando caía en tierra la presa perseguida, y sobrenombre dado a Apolo como dios de la caza. V. 8. Hip-podamia. -La hija de Oenomeno, rey de Pisa y Élida, arrebatada por Pelops.

V. 21. Hospitis effugio. La fábula de Dédalo y su primer vuelo por las regiones aéreas es tan conocida, que no insistimos en su relato, perfectamente desempeñado por el poeta; mas como observa un sagaz comentador, es algo dudoso que venga a cuento en esta ocasión, por la poca similitud entre las congojas del hombre que ve cerrados los caminos de su libertad y decide romper sus prisiones, fabricándose con plumas unidas por cera las alas que facilitasen su audaz evasión, y los vuelos de Cupido que nacen de la versátil edad juvenil, demasiado fogosa para que su llama no se extinga más o menos presto en los corazones donde arde potente y amena-zadora. V. 43. Quis crederet unquam? -

Levantando los ojos al cielo, vemos cómo las aves atraviesan la atmósfera que nos envuelve con la ligereza y soltura peculiar de las que se encuentran en su propio elemento, y nos sentimos envidiosos de no poseer sus raudas alas que nos permitan el vuelo. La fábula del ingenioso Dédalo personifica esta eterna aspiración, y los primeros ensayos de aviación, seguidos de inevitable catástrofe.

Cuando la fantasía de los poetas cede el lugar a la ciencia, Dédalo se transforma en el insigne Leonardo de Vinci, que consagra su genio y talento a tan arduo problema, sin que los repetidos fracasos entibiaran el fervor que puso en llegar a una feliz resolución; pero estaba reservado a nuestros días

progreso tan sorprendente, y hoy los dirigibles, mono-planos y biplanos patentizan en su viajes que el fabuloso prisionero de Minos y el sabio ita-liano no eran unos locos visionarios, sino los precursores que anunciaban de lejos lo que el retraso de las ciencias impidió realizar en sus respectivas edades. V. 49. Tractabat ceram-que. -En el séptimo libro de Las Metamorfosis vuelve a relatar la trágica ascensión de Déda-lo e Icaro, exornando la leyenda con porme-nores que le dan infinita gracia, como el de la ingenua curiosidad del mancebo, que toca maravillado las plumas y la cera, y retrasa la ejecución del novísimo artefacto que su padre fabricaba.

V. 55. Virgo Tegeaea. -La Virgen de Tegea, ciudad de la Arcadia fundada por el hijo de Licaón.

V. 56. Ensiger Orion -La leyenda refiere de diversos modos los hechos del cazador Orión, puesto a su muerte entre las constelaciones celestes, donde aparece con la figura de un gigante blandiendo la espada. V. 66. Ut sua mater aves. -Felicísima comparación que Va-lerio Flacco imita en el poema de Los Argonautas.

V.100. A teneri fronte. -El Hipomames que excitaba el apetito sexual, según la opinión más generalizada, consistía en una excrecen-cia nacida en la frente de los potros, con la que se confeccionaban filtros de maravillosos efectos. V. 102. Naenia marsa. -Los Marsos de Italia, descendientes de Marso, hijo de la encantadora Circe, gozaban fama de hábiles confeccionadores de brebajes que trastorna-sen los sentidos y potencias.

V. 107. Ut ameris, amabilis esto. -Es el filtro más poderoso y eficaz. Nada nos atrae tanto a una persona como el saber que no le somos indiferentes, y nada cautiva a ésta como los

agasajos y asiduidades, reveladores de la estimación en que la tenemos.

V. 109. Nireus. -El hijo de Caropo y Ayla-ya, el más hermoso de los soldados griegos que pelearon en el sitio de Troya.

V. 110. Raptus Hylas. -Teócrito, en su idilio XIII, narra el sentimiento de Hércules por el rapto de Hilas,

y los latinos trasladaron a sus poemas tan bellísimo y conmovedor episodio. V. 122. Et linguas edidicisse duas. -El conocimiento del griego era indispensable a los sujetos media-namente instruídos. Desde la toma de Taren-to los maestros griegos se trasladaron a la capital de Italia para iniciar a la juventud romana en las ciencias y las letras, y el trans-curso de dos siglos no les restó un átomo del prestigio que gozaban en su calidad de pedagogos, antes se cimentaba más sólido cada día en la conciencia del pueblo vencedor. De aquí que el estudio del griego fuera en absoluto preciso a los que aspiraban a recibir una brillante instrucción, y que como corolario emprendiesen un viaje a la Grecia, para beber en la misma fuente la sabiduría, aquellos que poseían medios de realizarlo con aprove-chamiento. V. 130. Odrysii fata cruenta. -

Reso, rey de Tracia, llamado Odrisio por este monte de la región, a quien Ulises y Diome-des dieron muerte cuando acudía en socorro de los troyanos y le arrebataron los blancos corceles, de los que pendía la suerte de la ciudad.

V. 150. Chaonis ales. -La Caonia, comarca del Epiro, donde reinó el príncipe troyano Caón. En ella radicaba la selva de Dódona con un templo erigido a Júpiter, y en las encinas que le rodeaban tenían su albergue las palomas que proferían

oráculos con voces semejantes a las humanas. Aquí ales Chaonis se aplica a cualquiera especie de palomas.

V.191. Sensit et Hylaei. El centauro Hileo, según unos, murió a manos de Atalanta; se-gún otros, en la contienda de los Lapitas, y no falta quien le supone aplastado por la clava de Hércules. Y. 209. Ipse tene distenta. -

Los parasoles o sombrillas de aquel tiempo consistían, como las nuestras, en una tela extendida sobre las varillas, y agradecíase como fina atención el desplegarla en obsequio de la mujer amada, lo cual permitía al galanteador acercarse a ella lo justo y un poco más, velando el atrevimiento con la delicade-za del servicio.

V. 258. Gallica… manus. Las sirvientas celebraban su fiesta especial el aniversario del famoso día en que salvaron a Roma sitia-da por los galos, vistiéndose lo trajes de sus señoras, entregándose a los enemigos y aniquilándolos a mansalva cuando dormían hartos de placer y de vino. V. 267. Quas Amary-llis amabat. -Alude a la segunda égloga de Virgilio; pero bien pronto se le ocurre la ob-servación de que si las zagalas apreciaban este rústico ofrecimiento, las cortesanas no eran tan candorosas que quedasen satisfechas con un puñado de nueces. V. 271. Spes mortis et orba senectus. Horacio y Juvenal se desatan en improperios contra los captadores de pingües herencias, que se prestaban voluntarios a mil bajezas y humillantes servicios, con esperanza de heredar a los viejos sin descendencia, o cuyos vástagos enfermi-zos tuviesen probabilidades de fenecer antes que los autores de sus días, y Ovidio considera un crimen el regalo que oculta tan dañada intención, salvo cuando se propone conquistar la gratitud femenina, como avance de más decisivas victorias. V. 309. Torva… Me-dusa. -La única mortal de las Górgonas que degolló Perseo, y cuya horrible cabeza eriza-da de serpientes petrificaba a los que

tenían la desgracia de mirarla. En la logia de la plaza de Florencia se admira la magnífica estatua, atribuída a Benvenuto Cellini, que reproduce este fabuloso suceso.

V. 329. Lustret anus. Las lustraciones en los críticos momentos del peligro corrían a cargo de las viejas que traían los huevos de la purificación y el azufre que pasaban encendido por la cabeza del enfermo tres veces consecutivas, porque el número tres tenía un poder de mágicos efectos. V. 353. Fyllida Demophoon. -Enamorado Demofón de la hermosa Filis, hija del rey de Tracia, antes del desposorio pidióle permiso para arreglar en Ática sus asuntos particulares, y como tarda-se más de lo convenido en volver, la infeliz doncella, creyéndose abandonada y víctima de una traición, se suicidó y quedó convertida en árbol que un día, al sentir los abrazos de su prometido, se cubrió de flores, hojas y frutos. V. 356. Laodamia. -Laodamia obtuvo de los dioses permiso para conversar algunos instantes con su amado Protésilas, muerto en el sito de Troya, y cuando este héroe descendió por segunda vez a la región de las sombras, ella le siguió por no vivir en la soledad y desventura de la viudez.

V. 420. Altus Erix. -En el Erix, monte de Sicilia, tenía Venus un suntuoso templo. V.

457. Candida jamdudum. Este cuadro de la reconciliación de los amantes, después del altercado que provoca la sospecha de una rival, casi convertida en certidumbre, es gracioso y patético a la vez, irónico y tierno corno un idilio, y los consejos que da el poeta a la víctima cogida entre la espada y la pared son tan oportunos como podían prometerse de su experiencia en los negocios femeniles.

V.468. Unaque erant facies. -En Los Fastos y Las Metamorfosis sostiene la misma teoría de los átomos que

formaban el Caos, hasta que las atracciones y repulsiones de los mismos crearon los elementos del universo.

V. 477. Blanda… voluptas. -Hesíodo y Lucrecio, como Ovidio, atribuyen al Amor, con-temporáneo del Caos, la generación de los distintos seres que pueblan el mundo; y aunque no desatan el nudo de la dificultad, acaso insoluble, hay que reconocer el ingenio con que explican el origen de las especies, ascen-diendo a las fuentes de la vida universal. V.

491. Machaonios. -Macaón, hijo de Esculapio y médico de los griegos durante el sitio de Troya, murió a manos de Euripilo, el hijo de Telefo. V.561. Fabula narratur. -¡Con qué dañina complacencia relata los hurtos amorosos de Marte y Venus, sorprendidos por la astucia de Vulcano, y con qué humorismo sazona anécdota tan poco edificante la sal y pimienta de su travieso ingenio, para exponer al ridículo al esposo ultrajado, que con las manos callosas, el pie cojo y la cara tiznada, se atrevió a tomar por cónyuge a la diosa de la hermosura, cuya tiranía dominará eterna-mente a los hombres, por las delicias y placeres que acompañan la ejecución de sus impe-riosos mandatos! ¡Qué satisfacción experi-mentaría el poeta al considerar que sus audacias se quedaban tamañitas en comparación de las que se permitían los dioses del Olimpo, que con tales ejemplos guiaban a las gentes por la senda de la rectitud y el honor! Nunca el juez se atreve a ser riguroso con el culpable de un delito en que él mismo ha incurrido, y la seguridad de la absolución divina alenta-ba los desafueros que la juventud maleante se permitía sin escrúpulos ni miramientos.

V. 598. Quos faciunt justos. -En las cere-monias nupciales, los prometidos dispuestos a forjar lazos indisolubles, tocaban el agua y el fuego, los dos elementos más necesarios a la vida, para que llevasen entendido que en adelante todo debía ser común entre ellos, única manera de

asegurar la dicha recíproca; por consiguiente, el esposo legítimo adquiría el derecho de interceptar las misivas que se dirigiesen a su esposa, ya que entre marido y mujer no cabía el secreto, sin quebrantar los deberes de la mutua fidelidad a que venían obligados. V. 644. Cui penna fuit. -Perseo.

V. 657. Fusca vocetur. -A los ojos del enamorado siempre resplandecen con brillo deslumbrante las perfecciones de su amada, y los defectos pasan inadvertidos, y aun los considera tal vez prendas dignas de singular estimación, y este optimismo que tanto con-tribuye a la felicidad humana, quisiera Horacio que reinase por igual en los vínculos de la amistad, para no reparar en las flaquezas del que con ella nos distingue, o disimularlas con términos suaves que atenuaran su gravedad; la pasión y la injusticia tienen próximo paren-tesco y viven en íntimas relaciones, ya las impulse el amor, ya las ofusque el aborreci-miento.

V. 699. Hermionen -Hija de Helena y Menelao, casada en primeras nupcias con Pirro y después con Orestes.

V. 7oo. George. -Hija de Oeneo y Altea y hermana de Deyanira.

V. 736. Aeacides dextra. Llamado Pirro por su cabellera rubia, y Neoptolemo por haber sido de los últimos en acudir al sitio de Troya, donde se reveló digno vástago de su padre, sacrificando al viejo Príamo y la infeliz Polixe-na: fué muerto por Orestes, a quien estaba prometida su esposa Hermíone.

V. 737. Calchas. El adivino griego que declaró a Agamenón la causa de la peste que diezmaba el ejército. V. 737. Telamonius.

Hijo de Eaco y Eudeis y hermano de Peleo.

LIBRO TERCERO

V. 2. Pentesilea. -La hermosísima reina de las Amazonas, muerta por Aquiles, quien al ver destruidas de golpe tanta belleza, juventud y bravura, derramó amargo llanto sobre su cadáver.

V. 13. Si scelere. -Anfiarao, hijo de Oicleo, esposo de Erífile y dotado de la inspiración adivinatoria, negóse a complacer a Adrasto siguiéndole a la guerra de Tebas, cuyos funestos resultados preveía; mas su esposa, sobornada por el collar de perlas que le regaló Polinices, le indujo a formar parte de la desastrosa expedición que le costó la vida a la proximidad del río Ismeno. Después de muerto se le reverenció como a un dios. V.

21. Capaneu. -Uno de los siete contra Tebas víctima de las iras de Jove, a quien desafió su impiedad. Cuando la pira devoraba sus despojos mortales, su fiel esposa Evadne se arrojó a las llamas y pereció abrasada con él.

V. 23. Ipsa quoque et cultus. -El poeta, que parecía no tener otra preocupación que la de seducir mujeres, considerando las conquistas de Venus preferibles a las que a costa de ríos de sangre alcanzaban los ejércitos de su patria, acaba por reconocer que nos aven-tajan en la abnegación y la virtud, femenina por naturaleza, por el nombre y por el traje, y los ejemplos de Penélope, Evadne y Alcestes le arrancan gritos de asombro, como otros tantos himnos elevados en honor y gloria del sexo capaz de tan heroicos sacrificios.

V.53. Dixit et e myrto. -Alude a Hesíodo en el momento de morder algunas hojas de laurel cogidas en el Helicón, que le infundieron el numen poético revelado en sus inmortales

poemas. V. 71. Nec tua frangetur. -No es extraño que leamos este mismo pensamiento en Lucrecio, Horacio, Tibulo y Propercio, ni que Ovidio lo repita en otros lugares, pues los amantes coléricos provocaban a diario el es-cándalo golpeando con estrépito las puertas cerradas a sus deseos ardorosos, rompiendo contra ellas las antorchas que iluminaban el camino de sus trapisondas, y lanzándoles terribles maldiciones si se veían burlados por la astucia o el recato de la mujer que solicita-ban.

V. 83. Latmius Endimion. -El arrogante Endimión dormía con sueño no interrumpido sobre el monte Latmos de Caria; la Luna lo vió, y hechizada por su gentil apostura, descendió del cielo, le abraza efusivamente y reposa junto a él, persuadiendo a los mortales de que no era tan helada como se presumía la condición de la reina de la noche.

V. 84. Nec Cephalus. -La Aurora con su espléndida belleza no pudo vencer la resis-tencia de Céfalo, esposo de Procris, v hubo de recurrir a criminales estratagemas que la desembarazasen de su rival. V. 86. Harmo-nienque. -Harmonía, hija de Marte y Venus, y esposa de Cadmo.

V. 121. Prisca juvent alios. -Le sobra razón al anteponer los presentes a los pasados tiempos. Los buenos patriotas, sin embargo, opinaban de diferente modo, v no se prestaban a reconocer que las virtudes bélicas de los siglos anteriores, como indeclinable consecuencia, trajeron el absolutismo imperial, y con él se entronizó el fausto, el libertinaje y el refinamiento que agotaron las energías del pueblo-rey, hasta entonces venturoso en sus audaces empresas. V. 152. Adjicitornatus. -La fiebre de novedades que trastornaba el juicio del mundo elegante romano tenía que envi-diar bastante poco a la edad actual, abrumada con el insufrible bagaje de sus modas es-trafalarias, sus pelucas de colorines y las cuentas de sus modistos y modistas, que in-funden en

los mozos de limitados recursos un santo horror al matrimonio, más por las exigencias intolerables de la vanidad que por los gastos que reclama el sustento y educación de la familia. V. 156. Folem. La hija de Eurito, amada por Hércules.

V. 163. Femina canitiem. Los galos y ger-manos se teñían el pelo con los jugos de hierbas especiales. Tibulo, para disimular las canas, aconseja el empleo de la corteza de nuez, y es verosímil que también se les ocu-rriese a las romanas el uso de pelucas de diversos colores con que falsifican sus cabezas en nuestros días las damas de alto cope-te, exponiéndose como bichos raros a la expectación de la curiosidad y a las críticas de la sensatez.

V. 165. Crinibus emtis. -La moda de las pelucas, si como ornato de la elegancia es ridícula, como recurso de la necesidad que repare al menos en la apariencia los estragos del tiempo o las dolencias, es harto ble, y antes que ver calva la cabeza de táculo a que los ojos vienen poco acostumbrados, prefe ajenas, por parecernos repulsivo un cráneo femeni no que a la falta de seso añada la del cabello. Quis furor est. se presentaban en público llevando sobre su cuerpo en joyas y vestidos una fortuna, tal vez amasada por dre o el marido con artes vituperables. . Frixon Hellem. de perecer a consecuencia de las in-trigas de su ma drastra Ino, debiendo la salvación a al carnero de áureos vellones que le transportó por los aires lejos de su ingrata tierra, acompañado de su Helle. Esta infeliz, desvanecida por la ra pidez de la marcha, cayó al mar, que recibió el nombre de Frixo arribó a la Cólqu da, sacrificó a Etes su do rada piel, que más tarde le arrebataron los V.

192. Seriphos -Pequeña isla del grupo de las Ci, que en tiempo de la dominación romana servía de lugar de

destierro. Caice. Caico, río de Misia, cuya fuente surge en el monte V.

201. Arte supercilii. -Las cejas poco pronun-ciadas se unían y alargaban con polvos de hollín y otros ingredientes del mismo jaez, hasta que pareciesen casi juntas, al contrario de lo que reclama la estética moderna, que las prefiere bien definidas y correctas, pero guardando la justa separación. V.224. Nuda Venus. -La Venus Anadiómene, atribuída a Escopas, que se admiraba en la galería próxima al templo de Júpiter, es fama que sobrepujaba en perfección a la esculpida por Praxiteles. V.270. Ad Pharii…piscis opem. -El pez de Faros es el cocodrilo, de cuyo excre-mento se valían las morenas para blanquear-se el cutis, suciedad atestiguada por Horacio en uno de sus epodos. V.273. Conveniunt tenues analectides. -Los analectides eran pequeños cojines que disimulaban la imperfecta disposición de las espaldas.

V.293. Quid quum legitima fraudatur litte-ra voce. -Las damas acostumbraban a comer-se algunas letras de las palabras, especial-mente las que hallaban difíciles de pronunciar; afectación ridícula que ha tenido imita-dores en otros tiempos y países, y que si procede de la monería v el prurito de distinción, resulta atrozmente antipática. No se ha de confundir con este vicio, que estropea el lenguaje, la natural tendencia a suprimir sonidos que no sean indispens bles para el conocimiento de las voces, en virtud de bable, pero siempre real y necesaria. Pars humeri. con el hombro descubierto y el brazo desnudo, a fin de pro azuelas de vida tumultuosa, no a las donce llas y matronas, en quienes el recato es el verdadero escudo del pudor. Et modo Niliaeis -Aires ligeros con que se iV.332. Ludi-tur arte Getae -Quiénes presumen que alude a Menandro, del que el primero tomó presta-do el argumento de Formión, donde los viejos De mofón quedan burlados por la astucia del siervo Geta. . Nec

vos campus. -La fuente Virginal Frontino, porque se debió a una virgen el descubrimiento del sitio en Plinio sostiene que se le dió tal nombre por correr en parte de su curso próximo el riachuelo de Hércules, y separarse en seguida, como si huyese de un enemigo: en sus aguas casi heladas se limpiaban el polvo y el sudor los atletas del campo de Marte.

V.390. Paraetonias rates. -Las naves de Paretonio, ciudad marítima del Egipto, cuya escuadra huyó destrozada en las aguas de Accio. En conmemoración de la victoria, Augusto ordenó levantar en el Palatino un templo a Apolo Naval, que resplandecía con los tesoros de la riqueza y el arte. Propercio des-cribe su magnífica suntuosidad en la elegía XXXI del libro segundo.

V.391.

Quaeque

soror

conjuxque.

-

Octavia, la hermana de Augusto, y Livia, su esposa; ésta mandó levantar sobre el Esquili-no el Pórtico de su nombre, que rodeaba al templo de la Concordia, y aquélla, o más bien su hermano, erigió en el campo de Marte una soberbia construcción, enriquecida con admirables obras de arte, y una copiosa biblioteca, donde se reunía el Senado para tratar los negocios trascendentales de gobierno; de aquí que se la llamase Curia Octavia. V. 392.

Gener cinctus. -Mareo Agripa, casado con Julia, la hija de Augusto, por su victoria sobre la flota de Sexto hermoseó la ciudad con magníficos edificios, ter mas, acueductos y el

pórtico vecino del Panteón, templo que hoy guarda los restos mortales de Víctor Humber-to, y monumento el mejor V. 399. Tamiris y.

nFilamnón y la ninfa Argíope, por de la voz y los ojos. Se le representa con la lira rota en las Amebea, citarista ateniense. . -Cree al pintor Apeles cido en la isla de Cos; pero natural de Éfeso. Pintó la Venus es, saliendo de las olas, tabla por Augusto colocada en el templo de Julio V. 446. Annulus in. -Los afeminados y d so hoy los petimetres y tenorios de menor cuantía no abusan del número, pe-ro sí del tamaño de las pi dras preciosas en ellos engarzadas, que den una alta y bambo-lla, con que intentan pescar a las incautas y desvanecidas.

V.452. Appiadesquedeae.-Los templos de Palas, Vesta, la Paz y la Concordia, próximos a la fuente Appia.

V.457. Cecropides. -Hijas de Cecrops, primer rey de Ática y fundador de Atenas.

V.483. Quanvis vittae careatis honore. -

Las mujeres de libre condición, doncellas y matronas, gozaban el derecho de anudar con una cinta sus cabellos; las extranjeras, escla-vas y libertas estaban privadas de tal honor, y a ellas se dirige el vate en sus diabólicas enseñanzas. V. 506. Ut vidit vultus Pallas. -En otro lugar expusimos lo que cuenta Ovidio en Los Fastos sobre la invención de la flauta, atribuída a Minerva, la cual, viendo que el tañerla descomponía sus mejillas sonrosadas, la arrojó con desdén por el daño que ocasio-naba a su celestial belleza. V. 519. Tecmessa.

-La cautiva de Ayax, hija de Telentas, rey de Frigia, cuyo territorio devastaron los griegos.

V. 527. Vite regendos. Los centuriones empuñaban como signo de autoridad un recio sarmiento, que sacudían sobre las espaldas de los soldados, si trabajaban remisos en los campamentos o no obedecían con presteza las órdenes recibidas. V. 536. habet Nemesis Como no le era po en el valor de los dones poéticos que dieron a Né mesis, Lesbia Y Cintia la fama en vida y después la nmorta V.

550. Sedibus. -Los cantos de los sublivates supónense inspirados por un numen d vino que les dicta desde el cielo estrofas arrebatad ras, y es innegable que la excitación y calor del alma cia de lo bello, heroico y grandioso tiene no poca simi excelsa forma a sus ideas y sentimientos, como si surgiesen de un ce-rebro sobrenatural que llega hasta V. 564.

Non cum sociis Venusque manent En cuestio-nes de amor y autoridad es antiguo el adagio de que y ni los reyes renuncian voluntarios a su dominio absoluto, ni el sesión de una mujer adorada con siente en dividir con nadie los goces que saborea. El amor es tan exclusivis-ta como el príncipe persuad do del derecho divino que le asiste para gobernar su tengan las extralimit ciones del poder.

V. 613. Nupta virum timeat. -Las leyes autorizaban al marido a poner un guardián que vigilara los pasos de su consorte, y la suspicacia de los celos extendió la jurisdicción a las amigas, a quienes el poeta se dirige para cegar los ojos del Argos que velaba a todas horas por su conducta. oc V. 627. Fa-llitque oculos. -La estratagema de escribir simuladamente, de modo que no acierte a descifrar lo escrito más que la persona que esté en el secreto, por lo que se deduce de aquí, es bastante antigua, aunque no llegase a la perfección que alcanza en la actualidad, que ha multiplicado las tintas simpáticas al compás de los descubrimientos químicos. V.

672. Lemniasi gladios. -Las mujeres de Lemnos degollaron una noche a todos los varones, sin exceptuar a los propios maridos, hazaña que Estacio refiere en el libro quinto de La Tebaida por boca de Ipsitila, reina de la isla.

V. 686. Procris. -La tragedia de Procris la hemos narrado en nota anterior. V. 725. Cy-llenia proles. -Céfalo, así llamado por ser hijo de Mercurio, que vió la luz en el monte Cileno, de Arcadia.

V. 769. pudet docuisse. pero debía instancias de Venus, que lo conducían por camino broso, sin añadir leña al fuego ni manchar las páginas, harto atrevidas, de su poema con una ndalosa.